

LA
ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

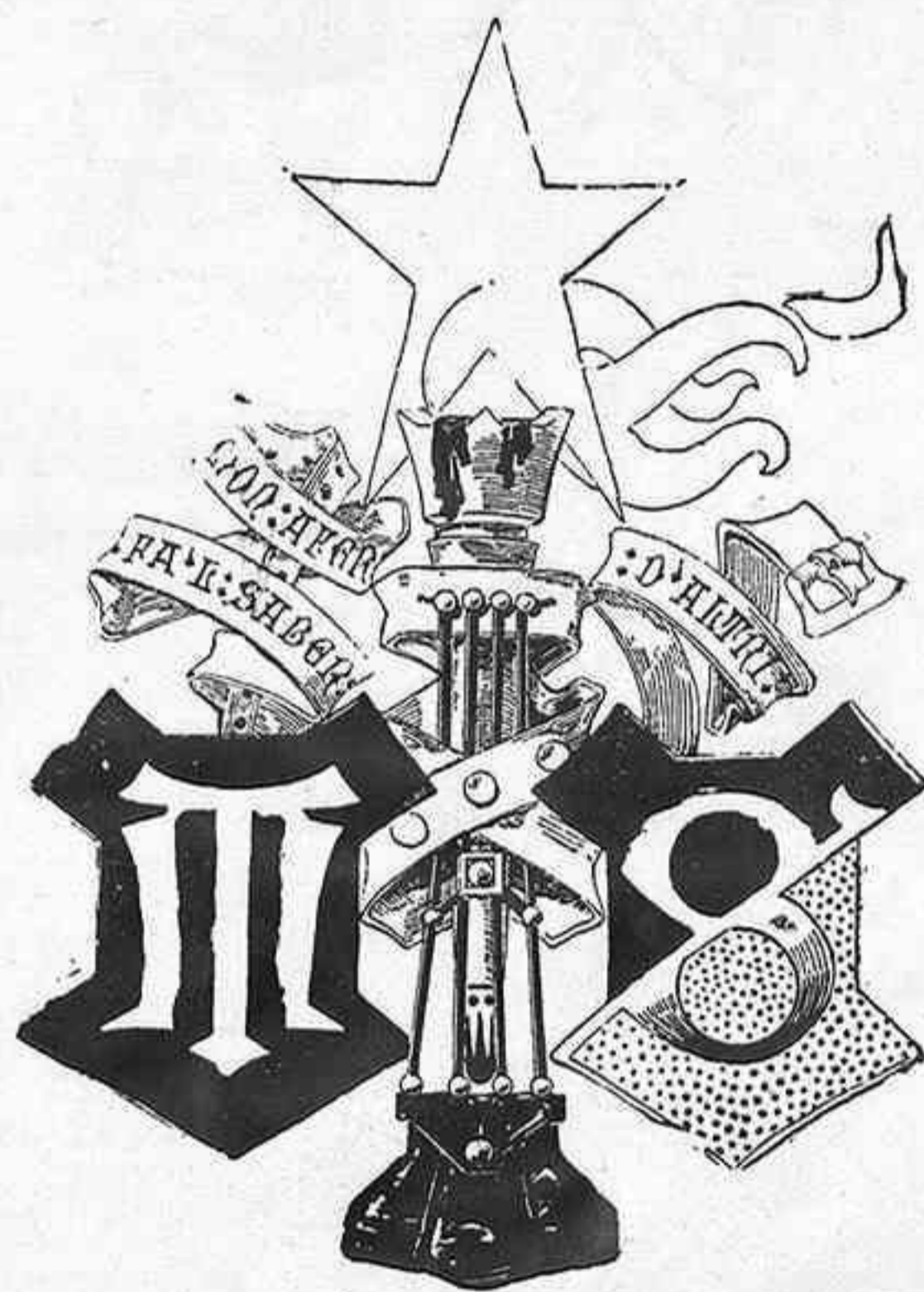
PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



Reg 7110
HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

TOMO XXXV.—AÑO 1916

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMERO 255

1916

11-11-11

11-11-11

11-11-11

11-11-11

11-11-11

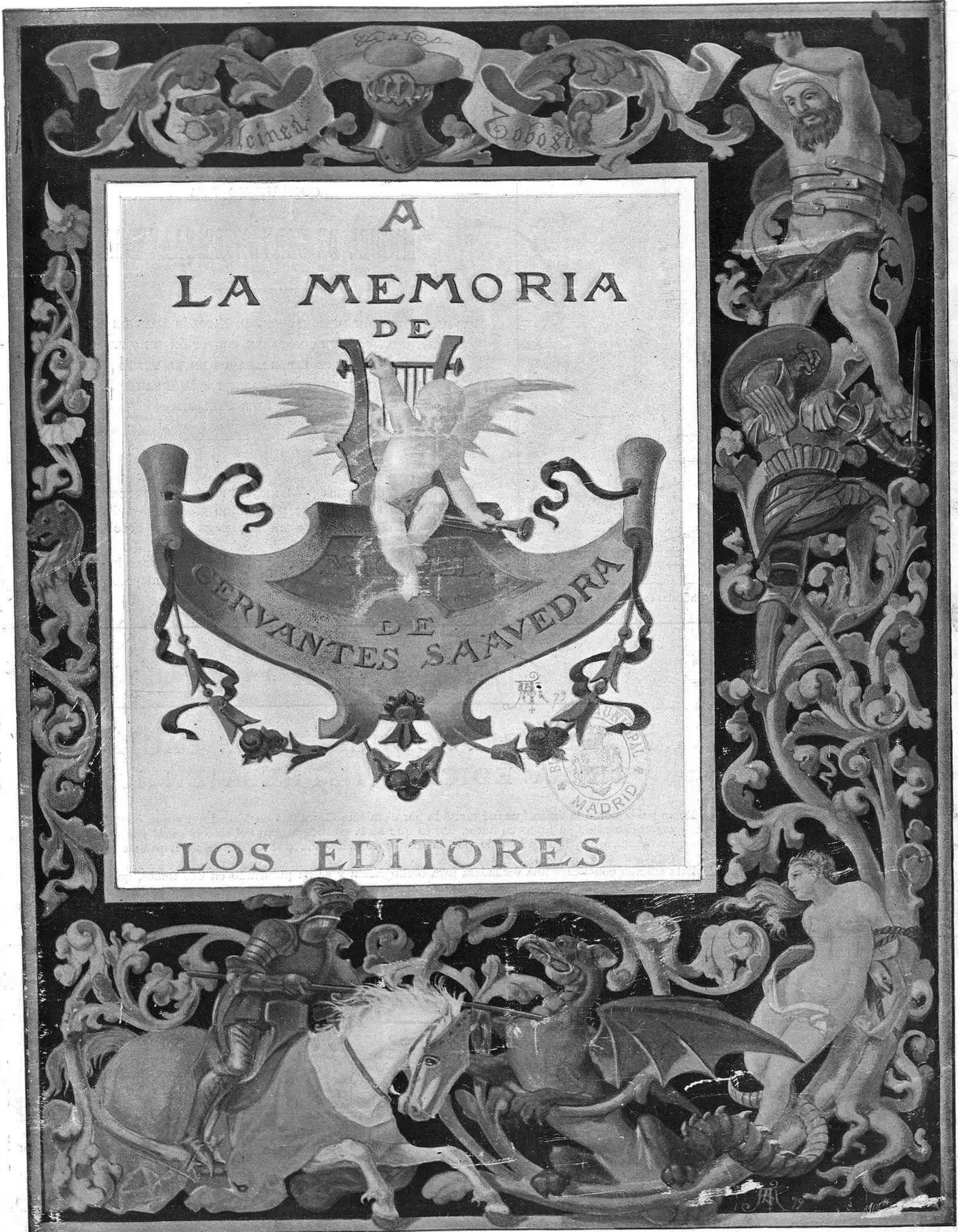
11-11-11

11-11-11

11-11-11

11-11-11

7-1



A
 LA MEMORIA
 DE



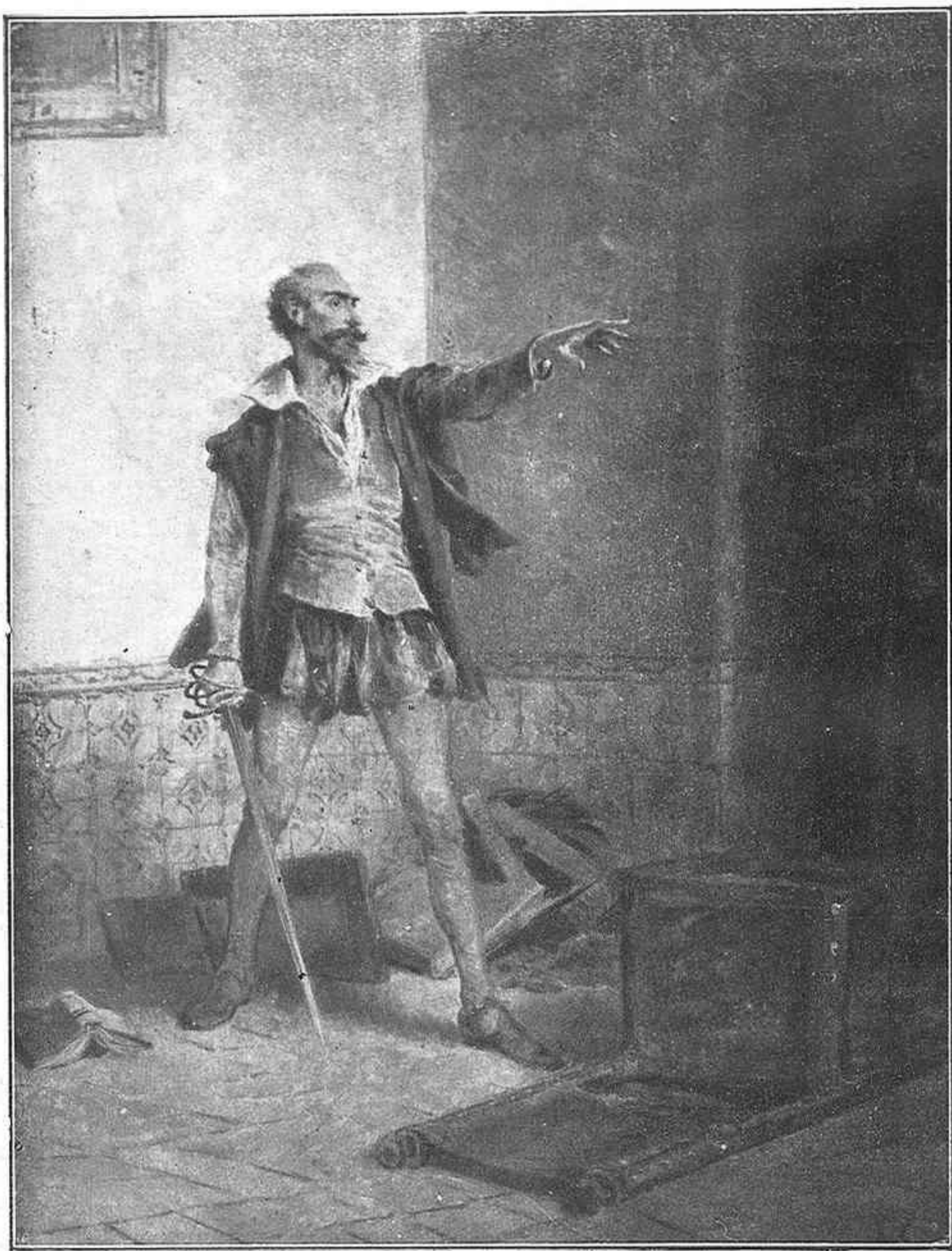
LOS EDITORES

Año XXXV

Barcelona 1.º de enero de 1916

Núm. 1.775

MONTANER Y SIMON, EDITORES. — BARCELONA



Ponía mano a la espada y andaba a cuchilladas con las paredes

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea
e ilustrada con una notable colección de oleografías
y grabados intercalados en el texto
debidos a los renombrados artistas D. Ricardo Balaca
y D. José Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor, ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado.

Su precio **200** pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales.

Hay también un reducido número de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de **400** pesetas ejemplar.



DON QUIJOTE DE LA MANCHA

NOTABLE REPRODUCCIÓN EN FACSIMILE DE LA EDICIÓN IMPRESA EN 1608

Reconocida como la única que fué revisada por el mismo Cervantes en Valladolid y que contiene las últimas correcciones de su inmortal autor, por lo que se la considera como el solo original autorizado de tan renombrada obra, habiendo sido por tal concepto adoptada por la Academia Española para su edición especial.

Esta edición constituye una verdadera joya bibliográfica y se ha publicado en dos tomos, que se venden encuadernados en tela a 10 pesetas ejemplar.

Ejemplares con encuadernación especial muy lujosa con corte dorado, a propósito para regalos, 25 pesetas los dos tomos. Van colocados en un estuche.

CAPÍTULOS QUE SE LE OLVIDARON A CERVANTES

Ensayo de imitación de un libro inimitable

Obra póstuma de **JUAN MONTALVO**



Pocos libros se han escrito tan originales como éste. No se crea que se trata de una profanación; nadie tan entusiasta del *Quijote* como Montalvo; nadie tan ferviente admirador de Cervantes, a quien, en la hermosísima introducción del libro que nos ocupa, señala como uno de los mejores ingenios que en el mundo ha habido y a cuya obra citada sólo pone por encima la *Biblia* y la *Iliada*.

Y ahora, para que nuestros lectores puedan formarse idea de quién fué el malogrado escritor ecuatoriano y de sus excepcionales talentos literarios, copiaremos algunos párrafos del juicio acerca de él emitido por el ilustre D. Juan Valera.

«Tal vez sea, en nuestra época, un colombiano, Rufino Cuervo, quien sabe teórica y gramaticalmente más lengua española. Pero sin duda quien la maneja con más castiza abundancia de vocablos, frases y giros y quien la escribe con más primor y limpieza, como quien borda rico dechado, es, a mi ver, este para nosotros extranjero y acaso semi-indio. — Su adoración, su entusiasmo por la lengua y la literatura de Castilla, corren parejas con el conocimiento que de ella tiene.»

Y al referirse especialmente a la obra suya que anunciamos añade: «El libro de Montalvo es la obra de un hombre de gran talento, del más atildado prosista que en estos últimos tiempos ha escrito en lengua castellana y de un hombre, por último, de imaginación briosa y rica.»

Después de este juicio, huelga cuanto decir pudiéramos en alabanza de Montalvo y de su obra póstuma, que publicamos seguros de prestar un valioso servicio a la literatura española y deseosos de rendir un tributo de admiración a la literatura americana.

Un tomo encuadernado que forma parte de nuestra BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA. — Precio, 6 pesetas.

INDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN EL TOMO XXXV DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA (1916)

ARTICULOS FIRMADOS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

ABELARDO (José). - San Antonio cuento, 827.
AMICHATIS. - La ruta romántica, cuento, 283.
ASENJO (Manuel). - Brihuega. La real fábrica de paños de Carlos III, 567.
BELMONTE (M. R. Blanco). - Las sopaipas, cuento, 171. - Jugar con fuego, cuento, 638.
BERMÚDEZ DE CASTRO (José). - Los dos artistas, cuento, 267.
CAMBRONERO (Carlos) †. - La Buena Ventura, cuento, 563.
CAPDEVILA (Luis). - Rosas de Sangre y de amor, cuento, 299.
CAPDELILA (M.). - La ofrenda de Crifón, cuento, 347.
CERRO (Manuel del). - El conde y el buhonero, cuento, 106.
DÍEZ DE TEJADA (Vicente). - Su alteza el pensamiento, cuento, 203. - El asesinato de Antonio Piriz, cuento, 699.
DOURLIAC (A.). - El abuelo, cuento, 739.
ECHEGARAY (Excmo. Sr. D. José). - La fotografía de la palabra, 620. - El pino y sus dos vástagos, etc., 621.
ENSEÑAT (J. B.). - Máscaras y bailes, 154. - El ramo de siemprevivas, cuento, 219. - Dos versiones de una leyenda, 332. - Crónica, 362. - La nuestra, cuento, 427. - Balbina, cuento, 539. - Sueño salvador, cuento, 747.
FERNÁNDEZ BRAÑAS (A.). - Madrid. El nuevo palacio de comunicaciones, 141.
GABIRONDO (Victor). - Alegría, cuento, 75.
OMILA (Sebastián). - Nieve en Primavera, cuento, 59. - Lo más sencillo del mundo, cuento, 715. - En la altura, cuento, 763.
GRAUPERA (Angela). - La convaleciente, cuento, 411.
GUERRA (Angel). - El camino de la vida, alegoría, 731.
HONORÉ (Leopoldo). - Los artistas franceses. Fernando Roybet, 683. - Eduardo Doigneau, 795.
HUIDOBRO (Luis). - Crónicas madrileñas. El café de San Isidro, 486. - La antesala del rastro, 502.
IRIBARNE (Francisco). - La tragedia del maestro, cuento, 507.
LUCAS ACEVEDO (José de). - El momento poeta, cuento, 475. - La sanción del pueblo, cuento, 651. |
LUENGO (José A.). - Doña Elvira, cuento, 379.
MARGARIT (D.). - Mamá suegra, cuento, 667.
MARICRUZ. - Compañeros de viaje, cuento, 393.
MAS (José). - La venganza de las flores, cuento, 555.
MONNER SANS (R.). - Llegada del ministro argentino en España Dr. Marco M. Avellanada, 88. - Crónica argentina, 134. - Plaquetas artísticas, 438. - Fiestas del centenario de la Independencia de la República Argentina, 534. - Toma de posesión del nuevo presidente de la República Argentina, 758.
MORALES SAN MARTÍN (B.). - Las arracadas de la abuela, cuento, 155. - Travieso amor, cuento, 824.
MORI (Arturo). - El Amuleto de Esmeraldas, cuento, 363. - Los ojos verdes, cuento, 711.
MUSTIELES (Jacinto M.). - Cómo se cumplió un ensueño, cuento, 28. - Marta, la que siempre esperó, cuento, 523.
OLIVER (Miguel de los Santos). - De Barcelona. Crónicas fugaces, págs. 122, 186, 250, 314, 378, 444, 506, 570, 634, 698, 762, 778 y 826.
PABLO RIVAS (José). - Debilidad triunfante, cuento, 43. - El fondo del alma, 741.
PARDO BAZÁN (Condesa de). - La vida contemporánea, páginas 26, 42, 58, 74, 90, 106, 138, 170, 202, 218, 234, 266,

282, 298, 330, 343, 394, 410, 426, 458, 474, 490, 522, 538, 586, 602, 618, 650, 666, 682, 714, 730, 746, 794 y 810. |
PÉREZ HERVÁS (José). - La Ruth alcarreña, cuento, 443. - Cosmogonía japonesa, cuento, 635.
RIBAU (Adolfo). - Ruinas, cuento, 835.
RUBÍO Y BORRÁS (Mannel). - La exposición lulliana, 139.
RUIZ (Fernando G.). - Por España histórica y artística. - Uclés y su monasterio, 582.
TORNAMIRA (Pedro de). - Amor con amor se cura, 235. - La novela de un músico, cuento, 587.
TRUJILLO (Federico). - El vestido largo, cuento, 187. - Con Palma, cuento, 459.
WILSON (Baronesa de). - La noble deuda, cuento, 315. - De la tierra al cielo, cuento, 571.

República Argentina. Electrificación de la Vía Retiro a Tigre. Nuevo rival del yute descubierto en la Isla de Cuba, 678.
Valladolid. Museo Provincial. Esculturas notables existentes en el mismo, 752.
Madrid. Inauguración del nuevo edificio del Centro del Ejército y Armada, 775. - Exposición de arte belga, 778. - Funerales por el emperador de Austria, 802.
Grandes inundaciones en las provincias de Levante, 802.
El monte Fuji 838.
Madrid. Fiesta a beneficio de la Asociación de la prensa, 831.

DEPORTES

(POR ORDEN DE LAS FECHAS DE SU PUBLICACIÓN)

Deportes de invierno en el valle de Ribas, 135.
Madrid. Carrera de motocicletas, 274.
Barcelona. Carrera motorista, 274. - Match de boxeo Jack Johnson-Arturo Cravan, 296.
Tiro de pichón. Campeonato de España, 354.
San Sebastián. Inauguración del nuevo hipódromo.
Barcelona. Carrera de autociclos, 390.
Madrid. Carrera de caballos, 390. - Campeonato del Moto Club. - Villalba-Segovia, 418.
Barcelona. Campeonato de España de remo, 408. - Concurso hípico, 440.
La Granja. Campeonato de motocicletas, 482.
Carrera de automóviles, 503.
Santander. Regatas de monotipos patroneados por señoritas, 530. - Regatas, 546. - Concursos de lawn tennis e hípico, 562.
Barcelona. Concurso de natación y campeonato internacional femenino, 566.
Campeonato motorista de España, 626.
Barcelona. Regatas de balandros. Carrera motorista, 680.
Madrid. Carreras de caballos, 706.
Barcelona. Actualidades deportivas, 726.
Motorismo. Pruebas del kilómetro lauzado, 792.

NOVELAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

CERVANTES SAAVEDRA (Miguel de). - *La Española inglesa* (n.º extraordinario).
FARINA (Salvador). - *La Espuma del mar*, págs. 355, 371, 387, 403, 419, 435, 451 y 467. - *Por la Gloria*, págs. 579, 595, 611, 627, 643, 659, 675, 691, 707 y 723. - *El cabo Silvestre*, págs. 755, 771, 787, 803 y 819.
MARLITT (Eugenia). - *La dama de las piedras preciosas*, páginas 35, 51, 67, 83, 99, 115, 131, 147, 163, 179, 195, 211, 227, 243, 259, 275, 291, 307, 323 y 339.
TRUJILLO (Federico). - *Amores verbeneros*, págs. 483, 499, 515, 531 y 547.

LIBROS

40, 88, 120, 152, 328, 391, 504, 552, 568, 616, 632, 648, 664, 728, 744, 760 y 837.

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO XXXV DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ACTUALIDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS TÍTULOS)

Alcalá de Henares. - Jefes y oficiales alemanes, 318.
Barcelona. - Exposición Bou. Banquete en honor de Martínez Sierra, 34. - Fiesta de los Reyes Magos, 54. - El obispo y el delegado apostólico, 55. - Ecuatorial del Observatorio Urania, 70. - Pruebas de aviación, 71. - Vista de la Exposición Rusiñol, 78. - Fiesta en honor de San Francisco de Sales. Fiesta de aviación en Casa Antúnez. Exposición bibliográfica lulliana, 103. - Banquete de los socios del Círculo Artístico, 104. - Banquete en honor de Antonio J. Bastinos, 119. - Inauguración de la XVI Exposición de la Sociedad Artística y Literaria de Cataluña, 120. - Entrada de las trincheras del Museo de guerra del Tibidabo, 130. - Fotografías de arte, 150. - Llegada del alcalde Rius y Rius. Entrega de la vara, 162. - El carnaval de 1916, 175. - Vista del baile del Círculo Artístico. Tórtola Valencia y Raquel Méller en el baile, 184. - Carnaval 1916, c. n.º 1.785. - Reparto de premios a los tiradores de los somatenes, 194. - Exposición Larroche, 199. - Vista del edificio del *Orfeo Catalá*, cubierta n.º 1.786. - Recoder en el Salón Parés, 214. - Ramón Casas en las Galerías Layetanas, 215. - Homenaje al Círculo de Sans, 226. - Agapito Casas y Martí Garcés en la exposición de sus obras, 264. - Fiesta del árbol, 280. - Bendición de la Ciudad, 311. - Exposición general de Arte, 327. - Banquete en honor de la doctora Montessori, 343. - Homenaje a Rius y Taulet, 348. - Banquete de 5.000 cubiertos en el Parque Güell, 358. - II Salón de Arquitectura, 359. - Inauguración de la Exposición de Construcción Cívica. Escena de *La ciudad alegre y confiada*, 402. - El donativo francés al *Institut*, etc., 374. - Exposición Boquet, etc., 375. - Instalaciones de la Escuela Superior de Agricultura de Barcelona y Madrid, 376. - Vista del Turó Park. Señoritas con las insignias de la Cruz Roja, 392. - El alcalde entregando el premio de 1913-1914 del Concurso de Edificios Urbanos, 424. - Coches premiados en la «Fiesta Florida», 456. - Ceremonia

en el Patio de los Inválidos, 462. - Profesores y alumnos de la Escuela del Bosque de Montjuich, 471. - Regaderas y barrenderas automóviles, 472. - Gran Kermesse de Caridad en el Parque Güell, 503. - Inauguración del primer grupo de chalets de la Cooperativa de periodistas, 530. - Segunda exposición feria de juguetes, 534. - Homenaje cívico a Colón, c. n.º 1.816. - Consagración del nuevo obispo de Vich. El orfeón de Graus, 696. - Banquete del Club de Fútbol, 710. - Exposición Zuloaga, 759. - Material del ferrocarril de Barcelona a las Planas de Vallvidrera, 790. - Inauguración de la exposición Gili y Roig, 807.
Bilbao. - S. M. el rey presidiendo un banquete, 594.
Boy-scouts japoneses, c. n.º 1.776.
Buenos Aires. - El Dr. Marco M. Avellanada contestando a los discursos de bienvenida, 88. - Galería general Güemes, 134. - El presidente de la República y su séquito oficial. Los niños en la escalinata del Congreso, 534. - El presidente Trigoyen después de tomar posesión de su cargo. Desfile de tropas, 758.
Consejo de ministros celebrado en Washington, 504.
El cacique de la tribu de los Pies Negros, de Montana, cantando una canción ante el fonógrafo, c. n.º 1.788.
El emperador Yuan Shi-Kai, c. n.º 1.776.
El Escorial. - Grupo de señoritas, 594. - Homenaje al literato Alarcón, 690.
El general Villa al frente de una de sus partidas armadas, 216.
El histórico castillo de Píera, y el «Orfeo Pierenc», 536.
El multimillonario Vanderbildt, 498.
El notable pintor Eduardo Doigneau en su taller, 695.
El notable novelista Felipe Trigo, 594.
El nuevo ministerio de la Defensa nacional de Portugal, 231.
El pantano de Riudecañes, 807.
El pintor Arcadio Mas y Fondevila, 397.
El pintor Ignacio Pinazo, 697.
El pintor Juan Cardona en su estudio, 156.
El pintor Juan Llimona en su taller, 412.
El pintor Roybet, 683.
El Sr. Coullant Valera en su estudio, 461.

El trasatlántico *Príncipe de Asturias*, 200.
Esquivias. - Casa en donde vivió Cervantes, 61.
Granollers. - Inauguración de un nuevo grupo telefónico, 727.
Guadalajara. - Entierro de la duquesa de Sevillano, 210. - El rey revistando a los alumnos de la Academia de Ingenieros, 434.
Kyoto. - Fiestas de la coronación del emperador del Japón Yosijito, 98.
La catástrofe del gran puente de Quebec, c. n.º 1815.
La fiesta del 10 de octubre en la legación de Cuba, 674.
La Granja. - Veraneo de la familia real, 454. - Excursión al Paular. S. M. la reina doña Victoria rodeada de los excursionistas, 466. - Los reyes presidiendo la comida en pleno campo, 822.

LA GUERRA EUROPEA

ALEMANIA. - Guillermo II en Champaña. Joaquín de Prusia en el frente occidental, 30. - Prisioneros belgas. Guillermo II probando el rancho, 31. - Leopoldo de Baviera recorriendo en trineo las líneas alemanas del frente ruso, 255. - Nuevo tipo de submarino, 286. - Naufragio del zepelín L. 20. Tres tripulantes del mismo, 334. - Von Haeseler. Sección de Infantería, 398. - El submarino mercante *Deutschland*, 514. - Automóviles militares. Tropas de reserva, c. n.º 1.810.
AUSTRIA. - Convoy de acémilas en Cetiña, 178. - La residencia del obispo en Goricia. Casa destruida. El patio del Museo de Goricia, 222.
BÉLGICA. - Estado actual de la catedral de Iprés, 303. - El rey Leopoldo en el frente, 430. - Inauguración del Instituto de los mutilados. Mutilados trabajando, 576. - Aeroplano con mascota, 655. - Ruinas de una iglesia, c. n.º 1.821. - Entrevista de Joffre y del rey Alberto, c. n.º 1.823.
BULGARIA. - Puente ferroviario destruido, 178.
FRANCIA. - Oficiales con mascarilla, 31. - Grupo de oficiales ingleses. El duque de Conaught, 46. - Huérfanos y soldados serbios. La bóveda del metropolitano hundida. Casa de cinco pies partida. Bomba incendiaria. Arbol arrancado de

- raíz por una bomba, 111. - Entierro de las víctimas del bombardeo aéreo, 114. - Ruinas de la catedral de Iprés, 142. - Vista de una aldea de la Champaña, 178. - Puerta La Chaussée de Verdún. Centinelas en un bosque. Entrega de condecoraciones a viudas y huérfanos, 190. - Hospital musulmán, 191. - Puesto de telegrafía sin hilos. Espada regalada a Alberto I. Los refugiados de Verdún en París, 205. - Cabaña de un oficial superior, 207. - Alejandro de Servia en París. Cadorna en París. Briand despidiéndose de Joffre, 223. - Prisioneros alemanes. Estado actual del Palacio de Justicia de Reims, 238. - Joffre descendiendo de un observatorio. Cadáveres de los pilotos de un *aviatik*, 239. - Inauguración de una lápida en los Inválidos, 254. - Habitación de un general, 271. - Trincheras de los Vosgos, c. n.º 1.791. - Desembarco de tropas rusas. El general Lohkvitzky, 287. - Una sorpresa en un bosque, c. n.º 1.793. - Puento sobre el Vardar, 302. - Tropas desfilando por las calles de Salónica, 317. - Parque de aprovisionamiento. Reeducación de los ciegos de la guerra. El general Dubail, 350. - Joffre conferenciando con los generales Humbert y Bazelaire, 361. - Depósito de municiones. Entrega de una bandera, 366. - Caballería. Ambulancia norteamericana, 382. - Entierro de Gallieni, 383. - Sección de zuavos. Tiradores del Tonkín, 414. - Poincaré condecorando a un oficial ruso, 415. - Artillería gruesa. Cañón disimulado. Convoyes, 432. - Prisioneros. Cañones desmontados, 433. - Mailly. Niño mascota de un regimiento ruso. Revista de tropas, 448. - Prisioneros, c. n.º 1.803. - Entrega de diplomas. Grupo de aliados, cubierta n.º 1.804. - Tropas anamitas, 478. - Fiesta nacional del 11 de Julio, 487. - Automóviles ambulancias, 488. - Torre blindada, 494. - Cañones de trinchera. Periscopio. Distribución de equipos, 510. - Concierto al aire libre, 526. - Artillería pesada, 527. - Parque de aprovisionamiento. Abrevadero, 542. - Cocinas ambulantes, 543. - Aldea de cuevas, 575. - Inauguración de una escuela de mutilados, 577. - Campamento de spahis. Depósito de torpedos, c. n.º 1.811. - Ambulancia sanitaria. Campamento de Caballería, 591. - Vivienda entre rocas, c. n.º 1.812. - Joffre conversando con el general Michelet. Meaux. El aniversario de la batalla del Marne, 623. - En los Inválidos. El general Pau, c. n.º 1.814. - Pope romano bendiciendo automóviles, 637. - Municiones tomadas al enemigo. Soldados recogiendo cadáveres, 638. - Franceses y griegos en Salónica, 647. - La iglesia de Foucaucourt, 648. - Una barricada, 661. - Azucarera de Dampierre, 670. - Ejercicios de granadas de mano, 686. - Las mujeres en las fábricas de municiones, 702. - Ruinas de Bovent, c. n.º 1.819. - Prisioneros alemanes. La calle principal de Bovent, 719. - París. El día de todos los Santos, 735. - Soldados entrando en una trinchera. Oficiales de artillería. Construcción de abrigos, 750. - Aldea de Fregicourt. Alcaldía de Chilly. Estación de socorro, 751. - Iglesia de Albert, c. n.º 1.822. - Aldea de Hem, 767. - Grupo de generales, 798. - El acorazado *Suffren*, 158. - Batería de 120 milímetros, 830.
- INGLATERRA.** - Kitchener en los Dardanelos, 47. - Enfermeras inglesas, c. n.º 1.777. - Retirada de las tropas aliadas hacia Salónica, 63. - Soldados franceses y griegos, 86. - Tropas griegas evacuando Salónica, 94. Soldados construyendo una carretera. Transporte de cañones. Refugiados serbios y muchachos griegos transportando árboles y grava. Salvamento de marineros alemanes, 110. - La evacuación de los Dardanelos, 126. - Destrozos causados por una bomba de zepelín, c. n.º 1.782. - Refugiados serbios en Salónica, 153. - Hornos de pan cocer, 207. - Mujeres prestando el servicio de bomberos en tiempo de guerra, c. n.º 1.790. - Kitchener revistando el nuevo ejército inglés. Soldados indios en el Cairo, 255. - El zepelín L. 15, 271. - Llegada al Cairo de prisioneros, 286. - La reina Alejandra visitando las trincheras de la Exposición, 287. - Ametralladora. Soldado con bombas de mano, 302. - Llegada de los reyes a la abadía de Westminster, 303. - Fusileros de Northumberland, 313. - Casa de Correos y hotel donde se hicieron fuertes los irlandeses. Ruinas del Mercado de la Libertad, 319. - La condesa Markievicz y los hermanos Plunkett, 314. - Soldados indios y escoceses. Salida de tropas británicas, 335. - Tabacquería donde se tramó la revolución irlandesa, 341. - Mina alemana, 382. - Policías de Basora. Campamento de camellos, 399. - Obreras de Cöventry, c. n.º 1.798. - Vista de Mitilene, c. n.º 1800. - Cubierta del *Revenge*, 430. - Oficial inglés investigando el carácter de un buque mercante. Soldado de Rhodesia. El submarino n.º 14, 447. - Precauciones de la policía en Salónica, 448. - Desfile de tropas canadienses. Lloyd George. Soldados highlanders, 479. - Telefonistas militares, c. n.º 1.805. - Soldados durmiendo, 494. - Fusileros descansando. Ruinas de Mametz, 495. - Dragones de la Guardia, 511. - El submarino alemán U. C. 5. Manifestación en pro de la guerra, 518. - Ambulancia de la Cruz Roja, 526. - Puesto de observación. Distribución de municiones, 527. - Niños contribuyendo al empréstito, 542. Soldados de la Guardia Negra. Vista de Montauban, 544. - Soldados construyendo un camino. Concierto, 545. - Servicio religioso. La hora de la comida, 557. - Desfile de un batallón, 558. - Convoy de municiones, 559. - Caballería india. Autocañón. Distribución de raciones, 574. - El rey examinando una trinchera. Poste telegráfico. Trinchera abandonada, 590. - Empaquetando libros y revistas. El rey felicitando a oficiales belgas. El día de las madres, 605. - Vista de Salónica. Examen de los restos de un zepelín, 607. - Tropas conducidas en automóviles, 624. - Entierro en Londres del comandante y 15 tripulantes del zepelín L. 21. Salónica. Match de boxeo, 637. - Cañones de grueso calibre, 647. - Fuerzas de infantería. Grupo de oficiales. Cañones alemanes, 654. - Soldados con máscaras protectoras, 655. - Sanitarios. Restos de un zepelín. Explosión de un proyectil, 671. - Llegada de Christódulos a Salónica. Desfile de sus tropas, 678. - Tropas de refuerzo. Transporte de municiones y artillería. Fusileros, 703. - Baterías. Conducción de proyectiles, 734. - Instrucción en las trincheras, 760. - Brigada escocesa. Construcción de una trinchera, 767. - Aspecto de la guerra en el Este africano, 774. - Regreso de las trincheras. Recogiendo pertrechos. Al descanso, 783. - Cañones de trinchera, 798. - Soldados canadienses afeitándose, c. n.º 1.824. - Soldados proveyéndose de agua, 814. - Artillería. Soldados montando una pieza, 815.
- ITALIA.** - Artillería gruesa en Cadorna, 30. - Prisioneros austriacos, 47. - Soldados alpinos. Centinela avanzado. Tropas regulares albanesas, 62. - Perros descansando, 142. - Llegada de Asquith a Roma, 225. - Manuel Filiberto de Saboya y su hijo Amadeo, c. n.º 1.797. - Víctor Manuel III y el príncipe de Gales, 366.
- MONTENEGRO.** - Mujeres cuidando a un compatriota herido, 87. - El rey Nicolás en Lyon. La reina saliendo del hotel, 94. RUMANIA. - Fuerzas de infantería, 592. - Escuela. Religiosas, 593. - Reservistas en París, 607. - Lanceros, 624. - Soldados pasando por una trinchera. Patrulla avanzada, 799.
- RUSIA.** - Nubes de gases axisantes, 62. - Nicolás II conversando con el general Williams, c. n.º 1.778. - Entusiasmo de los soldados al conocer la caída de Erzerum, 158. - Bendición de un hospital, 430. - Tropas, 431. - Nicolás II y Brusiloff, 446. - Señorita soldado, c. n.º 1.806. - Convoy de heridos, 511. - Entrada de las tropas en Luzk, 559. - Convoy atravesando un puente, 575. - Posiciones abandonadas por los austriacos, 605. - Sakharoff y su jefe de Estado Mayor, 656. - Tropas dirigiéndose a Rumania, 766.
- SERBIA.** - El ejército serbio retirándose, 30. - La retirada del ejército, 47. - El general Putnik. Convoy de la Cruz Roja dirigiéndose al frente, 86. - En retirada, 94. Empuñadura de la espada regalada al príncipe Alejandro de Servia, 286. - Contingentes serbios en Salónica, c. n.º 1.809. - Tropas en Salónica, 558. - Heridos, c. n.º 1.818. - Llegada de tropas a Salónica procedentes de Corfú, 718. - Construyendo alambradas. Prisioneros búlgaros, 782.
- La reina Guillermina de Holanda y su esposo. Lápida concedida al hospital de Santa Cruz y San Pablo, y medalla otorgada al arquitecto Doménech y Montaner, 770.
- Lisboa.** - Manifestación en favor de la guerra. Machado presenciando el paso de los manifestantes, 247.
- Madrid.** - S. M. el rey revista las tropas repatriadas de Marruecos. Llegada de la reina a las Calatravas, 50. María Guerrero en *La Leona de Castilla*, 66. - El rey en el cuartel de María Cristina, 70. - Una escena de *Don Quijote de la Mancha*, 72. - Pruebas de un biplano nacional. Escena de *La ley del embudo*, 82. - Inauguración del Círculo de la Unión mercantil. La fiesta de la Purificación en el Palacio Real, 102. - Escenas de *El tacaño Salomón*, *La mujer ideal* y *Te o café*, 118. - Escenas de *Campo de arriño*, *El patio de los naranjos*, *La Remolinos*, *Toninadas*, 127. - Escena de *El valiente capitán*, 130. - Vistas del nuevo Palacio de Comunicaciones, 141. - Escenas de *La Cenicienta* y *Lolita Tenorio*, 146. - Reunión de la Junta de Defensa Nacional. Descubrimiento de una lápida en el Asilo de Nuestra Señora de las Mercedes, 162. - El Carnaval de 1916, 174. - El rey visitando las obras del Museo del Prado. Escenas de *Cabrera que tira al monte*, *El brillo de los Caireles* y *Franz Hallers*, 182. - Escena de *La patria de Cervantes*, 183. - Lyautey al salir de Palacio. - Escena de *Thais*, 191. - Los reyes en la Caja postal de ahorros. El rey en la Academia de Ciencias Exactas. Homenaje a Cavia, 194. - La reina en el taller de encajes. Rusiñol en el Salón Vilches, 210. - Escena de *La bendición de Dios*. Exposición Oteiza, 214. - La reina en el Asilo de San Rafael, 226. - Escenas de *Viva el difunto*, *Los Gabrieles* y *Las alegres chicas de Berlín*, 232. - Conferencia cervantina. Los reyes en la Jura, 242. - Escenas de *El Gran Capitán* y *El Infierno*, 248. - El rey en la Casa de Campo y la reina en la iglesia de San Francisco. Concurrer al banquete en honor de Federico Beltrán, 258. - Festival de educación física, 274. - Escenas de *El protector de Inglaterra*, *Los trovadores*, *Zintha* y *La desconocida*, 278. - Inauguración del nuevo colegio de María Cristina, 279. - Los exploradores ante el monumento a Cervantes. Escenas de *La túnica amarilla*, *En un lugar de la Mancha* y *El retablo de maese Pedro*, 290. - Regreso de los reyes. Sesión en la Asociación de escritores. Llegada de académicos franceses. Banquete de los telegrafistas, 306. - Aspecto del obelisco del Dos de Mayo, 310. - Tercer centenario de Cervantes: Funerales. Sellos, 312. - Nuevo edificio de la Asociación de empleados y obreros de ferrocarriles, c. n.º 1.794. - Señoritas alemanas recibiendo a la expedición de Camarón. Los jefes, 318. - Homenaje a Cervantes, 322. - Festival benéfico en el Jardín Botánico, c. n.º 1.795. - Apertura de las Cortes, 331. - Escenas de *En el camino*, *Retazo*, *Clitemnestra* y *Serafín el Pinturero*. La fiesta del sainete, 338. - El rey presidiendo la Real Academia de Medicina. - Inauguración del Sanatorio de Húmera. Concierto del Orfeón Donostiarra, 342. - Don José de Diego, en el Ateneo, 351. - Escenas de *La ciudad alegre y confiada* y *La señorita del cinematógrafo*, 354. - Coullaut Valera y Martínez Zapatero rodeados de sus amigos, 360. - El teatro Reina Victoria. Escena de *Emma*, 402. - El nuevo ministro de México. Merienda a los niños de las escuelas mauristas, 407. - Los reyes recorriendo la población. 336. - Escena de *Sebastián el bufanda*, 418. - Recepción de D. Amalio Gimeno en la Academia de Bellas Artes, y del marqués de Lema en la de la Historia, 422. - Fiesta a Beneficio de la Hospedería del Patrocinio de María, 423. - Exposición Anglada, 450. - Escena de *La reina del Cine*, 594. - Escena de *El alegre Jeremías*, 610. - Entierro de Echegaray, 622. - Dos escenas de *Jack*, 626. - Escena de *El reino de Dios*, 639. - Id. de *¡Adiós juventud!*, 658. - Escenas de *Los osos* y de *La hija de Yorio*, 679. - Escenas de *Mariandela*, c. n.º 1.817. - Id. de *El poder de la impotencia*, *La alegre Diana*. Galdós y los Quintero, 690. - Corrida de la Cruz Roja, 710. - Escenas de *Tenorio* y *El Verdugo de Sevilla*. La reina Victoria en el asilo provincial de San José, 722. - Los reyes visitando el proyecto del monumento al Sagrado Corazón, 728. - Recepción del conde de Romanones en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Inauguración de la Exposición de artistas vascos, 738. - Aspecto de la plaza de la Armería después de presentar sus credenciales el Dr. Avellaneda, 741. - Escenas de *El Cardenal*, *El crimen de todos*, *El eterno don Juan* y *Las madreselvas*, 754. - Inauguración de la Exposición organizada por el Círculo de Bellas Artes, 770. - Escenas de *El viaje del amor*, *La mujer moderna*, *Mario y María*, 786. - Interior de la iglesia de S. Francisco el Grande. El rey al salir de los funerales, 802. Inaugurando las salas Bosch en el museo del Prado. - Escena de *La Embajadora*. Georgette Leblanc en el Ateneo, 818. - Maeterlinck y su esposa en el Ateneo, 822. - Una escena de *El Señor Pandolfo*. Ramón Peña y Casimir Orta. Señoritas y tipos que tomaron parte en la fiesta a beneficio de la Asociación de la prensa, 834.
- Milaga.** - Inauguración de los Altos Hornos de Andalucía, 328.
- Marsella.** - Entrada Norte del túnel de Rove, Vista de la salida del túnel, 344.
- Melilla.** - Embarque de escuadrones para Larache; embarco de caballos, 70. - Puentes de Mjaniz y del río Martín, c. n.º 1.799. - Enrique Borrás visitando un mercado. Moras recogiendo agua. Monumento Pintos, 168. - El general
- Aizpuro con su cuartel general. Moros de la jarea amiga. En el zoco de Harraig. Oficiales de la columna Fridrich, 246. - Imposición de la cruz de San Fernando al sargento D. Ginés Moreno, 295. - Oficiales y marineros del *Dabjetan Maru*, 450. - Ocupación de Tafsat. Mías indígenas, 455. - Visita del alto comisario, 578. - El «Gato» besando el anillo del arzobispo de Tarragona. Vista del campamento de Monte Arruit, c. N.º 1.813. - Inauguración de las fuentes y tómbola benéfica, 611. - José María de Burgos, 744. - En la exposición de Centros Hispano-marroquíes, 792.
- Montserrat.** - Inauguración del primer Misterio de Gloria, 726.
- Móstoles.** - Lápida en memoria del alcalde D. Andrés Torrejón, 310.
- Mr. H. C. Michel**, capitán del *Stéphano*, c. N.º 1.820.
- Nueva York.** - Monumento a Cervantes, 391.
- Panamá.** - Palacio de España, 386. - Comisión organizadora de los Juegos Florales. La reina y su corte de amor, 823.
- Roma.** - El Palacio de Venecia, 616.
- Reus.** - Aspecto del Salón de Humoristas, 520.
- San Felix de Llobregat.** - Campamento de los exploradores. D. Pedro Alvarez, 422.
- San Pablo** (Brasil). - Vista de la casa de las serpientes en el Instituto Butantão, 552.
- San Sebastián.** - SS. MM. las reinas y la princesa Beatriz, 578. - Inauguración de una capilla en el cuartel de San Felmo, 610. - Monumento a Usandizaga, 642.
- Santander.** - La señorita Escalante, reina de los Juegos florales, 626.
- Segovia.** - Coronación de la Virgen de la Fuencisla, 639. - El patio del Palacio episcopal durante la fiesta de la Poesía, 650. - Reconstrucción histórica de la proclamación de Isabel I de Castilla, 656 y 657.
- Sevilla.** - Exposición de Bellas Artes, 333. - Vista general del palacio de la Exposición Hispanoamericana. Vista de la Hidroeléctrica Mengemor, 806.
- S. M. el rey** conversando con Romanones, 498. - examinando el nuevo tipo de aeroplano adoptado para el ejército, c. N.º 1.868.
- S. M. la reina** Victoria recorriendo los puestos de venta de flores, 546.
- Teluda.** - Calle de la Luna. Calle del barrio moro, 418. Torre de observación utilizada por el ejército norteamericano, c. N.º 1792.
- Valdelata.** - Sanatorio antituberculoso, 706.
- Valencia.** - Exposición de arte de la Juventud, 508, 509, 573. El nuevo obispo acompañado del cardenal Sr. Guisasaola, 658. - Entierro de Ignacio Pinazo, 700.
- Valladolid.** - Casa que habitó Cervantes, 269. - Iglesia de Nuestra Señora de la Antigua, 479.
- Vich.** - Solemne entrada del nuevo obispo Dr. Muñoz, 727. Vista general de las barracas de la feria de Lyon, 185.
- Vitorja.** - Clausura del concurso obrero, 562.
- Washington.** - La fiesta nacional del «Día de la Bandera», c. N.º 1.802.

BELLAS ARTES

ARQUITECTURA. ESCULTURA. PINTURA. DIBUJO

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

- ALLEGRI** (Antonio). - Navidad, cuadro, pág. 32.
- ALTIMIRA** (José). - La apuesta perdida, Epílogo, 95, dibujos.
- AQUINO** (Nicolás). - La reina Victoria, retrato pintado, 60. - Retratos de los Reyes, de la Sra. Gala Sanjuán, y *Amorosa*, estudio, 353.
- BACARISAS** (G.). - Maja, dibujo, 337.
- BAIXAS** (Juan). - Un terceto, 176.
- BAIXERAS** (Dionisio). - En los Pirineos, cuadro, 128.
- BARNOIN** (A.). - Verdulero ambulante, cuadro, c. N.º 1.783.
- BARRAU** (Laureano). - La hora del galanteo 89; Bajo la parra, 91; Ciego mendigo, Payesa rica, 92; El pozo de la rectoría; El mercado, 93; cuadros. - Hacia la fuente; 96; Playa de Verano, 97; cuadros. - Mendiga, cuadro, 444.
- BARRILLON** (Luis). - Muley, dibujo, 109.
- BARTOLAZZI** (Salvador). - Cartel premiado, 226.
- BASTÉ** (J.). - Dibujos que ilustran los cuentos *Alegria*, 75; *Su alianza el Pensamiento*, 203; *El abuelo*, 739.
- BEGG** (S.). - El asalto de Goricia, dibujo, 589.
- BEJAR** (Pablo A. de). - Busto de niña, cuadro, 672.
- BELTRÁN** (Federico). - La súplica, cuadro, 236; Retrato, El plato de fruta; El mantón rosa, cuadros, 237. - Noche galante, cuadro, 258. - Retrato de la señorita Elvira Quer, 824.
- BENLLIURE** (Mariano). - Placa dedicada al arzobispo Herrera, 136. - La Gitanilla, escultura, 297. - Fernando Roca, escultura, 300; Señora de Laiglesia, Pastora Imperio, D. Federico Requejo, Lacaze Duthiers, bustos, 301.
- BENNISON** (José). - Estatua de loza vidriada, 476.
- BESNARD.** - El cardenal Mercier, retrato pintado, 489.
- BILBAO** (Gonzalo). - Una sevillana, cuadro, 113. - Fray Diego de Valencia, retrato pintado, 336.
- BIRLEY** (Oswaldo). - La trapería, cuadro, 560.
- BLANQUÉ** (Pedro). - La América para la humanidad, cuadro, 640; El general D. José de San Martín, cuadro, 641.
- BOCQUET** (Julio). - Estudio para un cuadro, 377.
- BORRÁS ABELLA** (Vicente). - El bebedor, cuadro, 320.
- BORRELL** (Julio). - La ceremonia de consagración del nuevo obispo de Vich, boceto, 711.
- BOU** (Cristóbal). - Soledad, cuadro, 56.
- BRANGWYN** (Frank). - Frescos pintados en la capilla de Christ's Hospital de Londres, 189, 192 y 193.
- BRAY** (Jacobo de). - Los regentes del Hospital de leprosos de Harlem, cuadro, 769.
- BROOK** (Sir José). - Recuerdo a las víctimas del *Titanic*, escultura, 737.
- BROWN** (F.). - Una octogenaria, cuadro, 423.
- BRUGADA** (Ricardo). - Elisa Mares, retrato pintado, 585.
- BRULL** (Juan). - Desdén, cuadro, 601.
- CABA** (Antonio). - Una maja, cuadro, 673.
- CABANAS-OTEIZA.** - En la taberna; Pensativo y con pipa; Plaza del pueblo; Pastor; A misa; cuadros, 230.
- CABOT** (N. M.). - Dibujo que ilustra el cuento *Balbi*, 539.
- CADORÍN** (Guido). - El pensamiento, cuadro, 316.
- CALDERÉ** Dibujo que ilustra el cuento *Con palma*, 459.
- CARDERERA** (V.). - El Gran Capitán, retrato pintado, 114.
- CARDONA** (Juan). - Idilio, cuadro, 153. - La maja de las flo-

res, 157; Vendedora de naranjas, 160; La gitanilla, 151, cuadros. - La gitana del abanico; La muñeca, cuadros, 289.
CARRERES (V.) - Dibujo que ilustra el cuento *El conde y el buenero*, 106. - De la fuente, dibujo, 652. - Dibujo que ilustra el cuento *Las arracadas de la abuela*, 155. - Ecladadora de cartas, dibujo; Casamiento gitano, acuarela, 512. - Una consulta interesante, dibujo, 840.
CASAS (Agapito) - Camino del Vern, cuadro, 273. - (Ramón) - Dibujo al carbón, 169. - La Santera, cuadro, 329. - Marieta, cuadro, 201; Dibujo al carbón, 204; retratos de mujeres, 205; Violette, 208; Luz, 209, cuadros. - Baldomera, cuadro, 364. - Estudios, cuadros, 477. - Cabeza de estudio, cuadro, 672. - Retrato de D. Pablo Bosch, 831.
CLARK (J.) - Relatos de la guerra, cuadro, 704.
COSTA (José) - El picador, dibujo, 109.
COULLAUT VALERA y MARTÍNEZ ZAPATERO - Monumento a Cervantes, 285.
COULLAUT VALERA - Busto de niña; Extasis; Sevillana, esculturas en mármol, 461. - Monumento a la condesa de Pardo Bazán, 712. - Estatua de Menéndez y Pelayo, 745.
COVARSÍ (Adelardo) - El maestro armador de Villaboim; La paz del campo, cuadros, 225. - Un hidalgo de Alemejeo, cuadro, 285. - Tipos portugueses, cuadro, 283.
CUCHI - Retrato de D. J. Bartrina y Aixemús, 351.
CUSI (Manuel) - *El pececillo de oro*, cuadro, pág. 265.
CHARLET (Frantz) - Familia holandesa; cuadro, 561.
DALLIN (Ciro) - La Invocación suprema, escultura, 262.
DOINEAU (Eduardo) - Regreso de los rebaños en Camargue, 793; Hijos de pescadores en el Finisterre, 795; La vieja yegua, La carreta de saltimbanquis, 796; Tipos bretones. Danza de muchachas, cuadros, 797.
DURERO (Alberto) - Los dos Baumgartner, 816; Los cuatro apóstoles, pinturas de altar, 817.
ECHEVARRÍA (J.) - Una gitana; El pobre sablista; Las dos amigas, cuadros, 429.
EFFIE STILLMAN - Meditación, escultura, 604.
FABRÉS (Antonio) Benedicto XV, retrato pintado, 481.
FERRER (Emilio) - A la fiesta; El rallador; Golosos; Retrato, cuadros, 27.
FILLOL (A.) - La vieja y el perro, cuadro, 173.
FORESTER WILSON - Pesada carga, cuadro, 316.
FUXA - Pepita Texidor, busto retrato, 665.
GALOFRE OLLER - La cabra rebelde, cuadro, 172. - Guttemberg, cuadro, 441.
GALLEGOS (Fernando) - Cristo glorificado, tabla, 831.
GARCÍA (R.) - Si le duele, dígalos claro, dibujo, 109.
GARCÍA RAMOS (José) - La señora del Pay-pay, cuadro, 112.
GILBERT LEDWARD - La Crucifixión, escultura, 524.
GILI Y ROIG (B.) - Novia Valenciana, cuadro, 761. - Viejo pescador; En la costa catalana, cuadros, 776.
GIORGIONE - Ninfa perseguida por un sátiro, cuadro, 717.
GONZÁLEZ DEL BARCO (R.) - Familia, cuadro, 176.
GONZÁLEZ SANTOS (M.) - ¿Quién supiera escribir!, cuadro, 337.
GOW (Andrés C.) - Un despacho secreto, cuadro, 144.
GOYA - Primeros duques de Fernán Núñez, retratos pintados, 496 y 497.
GRAU MIRÓ (J.) - Juegos de azar y juegos de amor, dibujo, 109.
GRECO (Cuadro atribuido al), 473.
GROSSO (Alfonso) - Anita, cuadro, 337.
GÜELL (S.) - Mil. X, dibujo, 103.
HAENEN (Federico) - Ceremonia religiosa en un hospital de sangre ruso, dibujo, 159.
HERMOSO (Eugenio) - En la fuente; María y Miguel; cuadros, 221.
HERNÁNDEZ (G.) - Cristo de la Cruz; Santa Librada; San Juan bautizando a Jesús; San Sebastián 752. La Virgen al pie de la cruz; La Verónica; *Pieta*, 753.
HUIDOBRO (Luis) - El café de San Isidro dibujo, 486. - La antesala del Rastro, dibujo, 502.
IBO PASCUAL - Los Robles; Camino de Batet, cuadros 305.
INURRIA (Mateo) - El Gran capitán, estatua ecuestre, 553 y 556. - Vieja segoviana; Gitana; Cabeza retrato, esculturas, 556.
KOEKROEH (H. W.) - El espíritu religioso ruso en la hora de la victoria, dibujo, 463.
KOWALSKI (J. J.) Picador veterano, cuadro, 460. - Una procesión; Entrada del puerto de San Sebastián, 465. - Fin de estío, cuadro, 572.
KRONBERG (Julio) - Santa Cecilia, cuadro, 837.
LAROCHE (Exposición) 44 y 45.
LÓPEZ (Rogelio) - A las fiestas del barrio, cuadro, 380. - Gaditana; Eva moderna, cuadros, 384 y 385.
LORADO TAFT - La fuente del tiempo, escultura; El ciego, escultura, 263.
LUCKS (Jorge B.) - Entreteniendo al nieto, cuadro, 28. - Gentil pareja, cuadro, 560.
LLIMONA (José) - Amor a la infancia, escultura, 471. - (Juan) - Retablo pintado, 145. - Meditación, dibujo, 409; Regina Pacis, cuadro, 413; La Sed, La Carta, cuadros, 416; Romana, La Plegaria, 416 y 417. - La Esclusa, cuadro, 560. - Sueño inocente, cuadro, 748.
LLOPIS DE CASADES (José) - Escena de cuartel, cuadro, 270. Capilla de la Convalecencia, cuadro, 272.
MAETZU (Gustavo de) - El Mellizo, La Moceta, Tipo castellano, José Manuel, dibujos, 429.
MARÍN BAGÜÉS (F.) - Elección de fruta, cuadro, 653.
MARTÍ GARCÉS - Del tiempo pasado; Vacilación, cuadro, 273.
MARTÍNEZ (Santiago) - Desengaño, cuadro, 57; De qué me sirve el llorar, cuadro, 64; La amiga del torero, cuadro, 65. - Ojos gitanos, cuadro, 137. - Ni contigo ni sin ti, etc., cuadro, 289. - Seguidillas Gitanas; Mi voluntad ha muerto...; cuadro, 352.
MARXUACH - Fiscal que todo lo ve obscuro, dibujo, 95. - Libranos Dómine, dibujo, 109.
MAS Y FONDEVILA (A.) - Dibujos que ilustran los cuentos *Cómo se cumplió un ensueño*, 29. - *Debilidad triunfante*, 43. *El Vestido largo*, 187. - *Los dos artistas*, 267. - *Rosas de sangre y de amor*, 299. - *La ofrenda del Bufón*, 347. - *Doña Elvira*, 379. - *La Muestra*, 427. - *La Ruth alcarreña*, 443. - *La Buenaventura*, 563 y 565. - *La Novela de un músico*, 587. - *Cosmogonía Japonesa*, 635. - *La Sanción del pueblo*, 651. - *San Antonio*, 827. - Segadores, cuadro, 393; Descanso, pintura al pastel, 396; Campesina, cuadro al pastel, 397; Escogiendo el pescado, Descanso, La Vendimia, pasteles, 400 y 401; Vendedor de naranjas, pastel, 521; en oración, pastel; 528; Navidad, cuadro, 824.

MATANÍA (F.) - Exodo del rey Pedro de Servia y de su real cortejo, dibujo, 79. - La Despedida suprema, dibujo, 419.
MATILLA (S.) - Interior de la iglesia de Cadaqués, cuadro, 636.
MEIFRÉN (Eliseo) - La Casa del colono, cuadro, 177.
MEISSONNIER (J. L.) - Hidalgo atusándose los bigotes, cuadro, 825. - En el taller del pintor, cuadro, 829.
MIGUEL ANGEL - El Juicio Final, 480.
MILLET (J. F.) - Campesina sacando agua del pozo, dibujo, 813. - La Pastorcita, cuadro, 833.
MONGRELL (José) - Marineros de Cullera; Floristas valencianas, cuadros, 48.
MONGRELL MUÑOZ (B.) - Navidades, cuadro, 129.
MORALES (Luis de) - Virgen con el niño, cuadro, 831.
MORENO CARBONERO (José) - Los hijos de los Sres. de Velázquez, grupo de retratos, 513.
MOSTYN (Tomás) - Huyendo de la catástrofe, cuadro, 609.
MUNNOCH (Juan) - Las señoritas Wyes, retrato pintado, 188.
MYRBACH (Feliciano) - Tipos en el mercado de ganados; Arando, 76; Descanso del mediodía, El botijo nuevo, Llegada a la ciudad, Criba de trigo, Campesina de Torreveja, Recua, Sol de mediodía, acuarelas, 77. - Junto a la fuente; Hilador; Reparando la palma, acuarelas, 151.
NAGY (Segismundo de) - La Sra. de Heusch, retrato pintado, 281.
NÉSTOR - Mantones; Mantillas, cuadros, 304.
NEUHERG (F. H.) - El Jardín, cuadro, 653.
NIGHAUS (C. E.) - Estatua de Hännemann, 717.
OLIVA (Eugenio de) - Cervantes dedicando su última obra, boceto, 49.
OLIVER AZNAR (M.) - Vino viejo y Teorías nuevas, cuadro, 653.
OPISSO (Ricardo) - Los últimos montmartrenses, dibujo, 95. - Solución al problema, dibujo, c. núm. 1.781. - Atila humillado... dibujo, c. núm. 1.787. - Dibujos que ilustran los cuentos *Nieve en primavera*, 59. - *La Convaleciente*, 411. - *De la tierra al cielo*, 571. - *En la altura*, 763.
ORLEY (Van) - La Sagrada Familia, cuadro, 831.
PAPPERITZ (Jorge) - El descendimiento de la cruz, cuadro, 249.
PENAGOS (Rafael) - Cartel premiado, 226.
PINAZO (Ignacio) - Cabeza de estudio, cuadro, 105. - CAMARLENCH (Ignacio) - La Clavariesa, Soldado español, Estudio de desnudo, cuadros, 701.
PINAZO MARTÍNEZ (Ignacio) - Busto de los Exemos. Señores Don Eduardo Saavedra y D. Ramón Benito de Aceña, 549.
PINAZO MARTÍNEZ (José) - María Teresa, cuadro, 729; La princesita de los pies descalzos, cuadro, 732; En la pradera, Valenciana, Magdalena; cuadro, 733; La de la rosa en los labios, cuadro, 736.
PINELO LLULL (José) - Primavera, cuadro, 336.
JANES (Juan) - Patio de Guadalcanal, cuadro, 336.
PINTA (J.) - La vieja pescadería de Marsella, cuadro, 477.
PIOMBO (Sebastián del) - Santa Dorotea, cuadro, 25.
POY DALMAU (Francisco) - Después del baile, cuadro, 49. - (Emilio) - una Susana de aldea, 129. - Roma en Vigo, cuadro, 304.
PLA Y RUBIO (Alberto) - En la siega, cuadro, 177.
PLANES (José) - Muerta; Torso de hombre, esculturas, 103. - El Dr. Baquero, busto; Busto de mujer, esculturas, 695.
PRADILLA ORTIZ (Francisco) - Indecisión, cuadro, 41.
PUIG RODA (G.) - Indecisión, cuadro, 673.
PYNENBURG (R.) - Interior, cuadro, 177.
RECORDER (José M.) - La Modelo, cuadro, 217; Melancolía, cuadro, 220; Bustos de mujeres, 221. - Rosita Coll y Conchita Ponce de León, retratos pintados, 528.
RIBA (Federico) - Cartel premiado, 226.
RIBERA (R.) - Paisaje, cuadro, 668.
RIGOL (P.) - Cartel anunciador del baile de máscaras del Círculo Artístico, c. núm. 1.784.
ROE (Fred) - La hija adoptiva, cuadro, 608.
ROS Y GÜELL (A.) - Estanque; Otoño, cuadros, 381.
ROYBET (Fernando) - El Astrónomo, cuadro, 681. - Juana Romani, retrato pintado, 684; Carlos El Temerario, cuadro, 685; M. Cormon, 688, Vigneron, retratos pintados, 689.
RUSIÑOL (Santiago) - El Surtidor del Cisne, cuadro, 23. - Entrada del Laberinto en Aranjuez, 73; Paseo de pinos, 78; Canal del Tajo, Glorieta, 80; Estatuas y surtidores, Primavera, 81, cuadros. - Nota de Otoño (Aranjuez), cuadro, 604.
SALAVERÍA (E.) - Nosotros, cuadro, 572.
SANCIO (Rafael) - La escuela de Atenas, fresco, 240. - La Madona de Foligno, cuadro, 257.
SÁNCHEZ BARBUDO (S.) - En el estudio, cuadro, 176. - Partida interrumpida, 283.
SÁNCHEZ PERRIER (E.) - Día de invierno, Huerta de la Mora, Molino de San Juan; cuadros, 720. Un rincón del bosque, El Guadaira, Paisaje; cuadros, 721.
SANS (T.) - Pescadores de almejas, cuadro, 128.
SARTO (Andrés del) - Madona, cuadro, 256.
SCHUESSELE (C.) - Franklin ante el Consejo privado de Londres, cuadro, 705.
SEM - Cartel anuncio para el *«Empréstito de la Victoria»*, 702.
SEYMOUR LUCAS (E.) - El nuevo clavicordio, cuadro, 768.
SHANNON (Carlos) - La dama de la amatista, cuadro, 812.
SOLER (D.) - Galerías de Llobet, San Esteban de Navarres, cuadros, 743.
SOLER DE LAS CASAS - Retrato de D. R. Lazaro Dou, 351.
SOHN (A.) - Estudios de niño dormido, 695.
SWAISH (F. S.) - La divina alianza, cuadro, 800.
TAIBO (Germán) - Escena bíblica; Trayas (costa Azul); Pastoral; Tipo parisiense, cuadros, 365.
TAMBURINI (José M.) - Dibujos que ilustran los cuentos *La ruta romántica*, 283. - *El Amuleto de Esmeraldas*, 333. - *Compañeros de viaje*, 395. - *El momento poeta*, 475. - *La tragedia del maestro*, 507. - *La Venganza de las flores*, 555. - *Jugar con fuego*, 603. - *Mamá suegra*, 667. - *Sueño salvador*, 347. - *Los ojos verdes*, 811. - *Serenidad*, cuadro, 121. - *Juventud*, cuadro, 321. - *Dulce despertar*, cuadro, 457. - *Vendaval*, cuadro, 537. - *Primavera*, cuadro, 633. - *Infortunio*, cuadro, 672. - Dibujo que ilustra el cuento *Ruinas*, 835.
TEXIDOR (José) - Flor campestre, cuadro, 669. - (Manuel) - Pastorcito, cuadro, 669. - (Pepita) - Flores, cuadro, 669.
THIRIAT (P.) - Tropas francesas atacando, dibujo, 543. - Sacerdote soldado sacando a un herido de la línea de combate, dibujo, 569.
TOWNSEND (F. H.) - Retrato grabado al agua fuerte, 809.
TRIADÓ (José) - La vieja encajera, cuadro, 176.
TURILLO SINDONI - Monumento a la batalla de Bezzocca, 713.

UNGER (Juan) - Madre e hija, retratos pintados, c. n. 1.825.
VANCELLS (Joaquín) - Montserrat, tríptico, 711.
VÁZQUEZ (Carlos) - Dibujos que ilustran los cuentos *Las Sopeas*, 171. - *Doble deuda*, 315. - *Marta, la que siempre esperó*, 523. *Lo más sencillito del mundo*, 315. - Garrofin, cuadro, 505. - Segadora, cuadro, 716.
VERMEER (Juan de) - Aplacando la sed, cuadro, 832.
VIDAL (Luisa) - Dibujo que ilustra el cuento *El ritmo de siempre*, 219.
VILA PRADES - Decoraciones de techo, 540 y 541.
VILÁS (Darío) - El descanso; La recolección; La ofrenda, composiciones decorativas, 464.
VILLEGAS (José) - El Decálogo, cuadros, 368, 369 y 370.
VELÁZQUEZ - Fragmento de *Menipo*, 749.
WACIK (F.) - La flor azul, cuadro, 388.
WHEELWRIGHT (H.) - Jabrando el campo, cuadro, 529.
WHELE (J. R.) - Durante la cacería, cuadro, 801.
WINTHUYSEN - Castillo de Alcalá, cuadro, 152.
WOODWILLE (R. C.) - Un episodio interesante de la ofensiva inglesa, dibujo 525. - Tropas inglesas abandonando una trinchera, dibujo, 625.
ZULOAGA (Daniel y Juan) - Objetos de cerámica, 759, 764 y 765.

RETRATOS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS NOMBRES)

AIZPURO Y MONDEJAR, (Excmo. Sr. D. Luis), c. núm. 1.789.
ALFAU Y MENDOZA (Felipe), 54.
APONTE (Adolfo), 482.
AVARESCO, general rumano, 799.
AVELLANEDA (Dr. M.), primer embajador argentino en España, 742.
AUSTRIA HUNGRÍA (Carlos VIII de), con su esposa e hijos. - Grupo de retratos, 777.
AUSTRIA HUNGRÍA (Francisco José I de), 768.
BARÓ (Teodoro), 642.
BARRAU (Laureano), 91.
BARRERA (D. Manuel de la), 50.
BARRIOBERO (Eduardo), 72.
BARROSO (Excmo. Sr. D. Antonio), 674.
BAUDRILLART (Monseñor), 311.
BEATTY, almirante inglés, 399.
BELTRÁN MASÉS (Federico), 236.
BOU (Cristóbal), 56.
BOSELLI, político italiano, 415.
BRANDON, aviador inglés, c. núm. 1.801.
BRETÓN (Tomás), 51.
BRUSILOFF, general ruso, 431.
BUDBERG (el barón de), 198.
CADORNA, generalísimo italiano, 223.
CARRERAS (Emilio), 706.
CONCAS (Víctor M.), 658.
DARÍO (Rubén), 114.
DOYEN (Dr. Eugenio), 790.
DRETS (Juan), 226.
ECHEGARAY (Excmo. Sr. D. José), 617 y 619.
ESSAD BAJÁ, 254.
FARGAS (Miguel), 146.
GALLIENI, general francés, 383.
GRANADOS (Enrique), 233.
HERNÁNDEZ (Gregorio), 750.
HERRERA (Martín de), arzobispo compostelano, 136.
IRIGOYEN (Dr. D. Hipólito), presidente de la Argentina, 694.
KITCHENER (Lord), 386.
LOTINA (D. José), 200.
LUISE Y LLAUDES (Rafaela), 514.
MÁRQUEZ (Dr. D. Manuel), 342.
MELÉNDEZ (D. Carlos), 386.
MENÉNDEZ CONDE (Excmo. e Ilmo. Dr. D. Valeriano), 198.
MENÉNDEZ PIDAL (D. Juan), 34.
MENOCAL (D. Mario G.).
METSCHNIKOFF, 482.
MORRONE (Pablo), general italiano, 254.
MOUNET-SULLY, 198.
NOGUERAS OLLER (Rafael), 130.
ORLEANS (María de) y BORBÓN (Felipe de). Grupo de retratos, 66.
PARDO BAZÁN (La condesa de), 736.
PARRAS (Juan), 118.
PAYÁS Y PLANAS (Francisco), 130.
PEÑALVER (D. Nicolás), 114.
PÉREZ FERNÁNDEZ (Manuel), turista 466.
PÉREZ LUGÍN (Alejandro), 118.
PERIS MENCHETA (Excmo. Sr. D. Francisco), 562.
PICÓ Y CAMPAMAR, 760.
PINAZO MARTÍNEZ (José), 738.
POKROWSKY, ministro ruso, 830.
PUIG ESPERT (Francisco), 514.
RAMSAY (Guillermo), 514.
RIUS Y TAULET (Excmo. Sr. D. Francisco), 345.
RUMANIA (Fernando de), 575.
SAN JOSÉ (El maestro), 72.
SÁCKLETON (Sir Ernesto), 291.
SARRAIL, general francés, 178.
SEGALÁ ESTALELLA (Luis), 674.
SEGOVIA (Andrés), 760.
SERVIA (Alejandro de), 223.
SOROLLA (Elena), 509. - (María Clotilde), 509.
SYLVA (Carmen), 182.
TAIBO (Germán), 365.
TALLAVÍ (José), 146.
TAMAKI MIURA, tiple japonesa, 828.
THEDA BADA, la «mujer vampiro», c. núm. 1.796.
TORRAS Y BAGES (Ilmo. Dr.), 114.
VALDÉS (Ramón), presidente del Panamá, 694.
VENTOSA Y CALVELL (D. Juan), 514.
VICENTI (Alfredo), 658.
VILLA URRUTIA (Excmo. Sr. marqués de), 694.
VILLAESPEA (Francisco), 66.
VILLEGAS (José), 370.
WYLER (Excmo. Sr. D. Valeriano), 82.
ZIMMERMANN, ministro alemán de Negocios Extranjeros, 814.
ZULOAGA (Daniel), 759.

VARIEDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS TÍTULOS DE LOS GRABADOS)

- Fotografías que ilustran el artículo *Barcelona. Inauguración del nuevo edificio de la casa de Aragón*, 614.
- *Buenos Aires. Plaquetas Artísticas*, 438.
 - *Ecos de la guerra en la Costa Azul*, 166.
 - *El conflicto entre los Estados Unidos y Méjico* 519.
 - *El menhir preincásico de Tucumán*, 615.
 - *El Rey en el campamento de Ballesteros*, 407.
 - *Londres. Concurso nacional de escuelas de Bellas Artes*, 445.
 - *Madrid. El hospital de San Francisco de Paula para jornaleros*, 439.
 - *Madrid. El nuevo centro del Ejército y Armada*, 775.
 - *Madrid. Exposición de arte belga*, 776, 780, 781, 784, 785 y 791.
 - *El general Jordana y el cherif Er Raisuli en el Fondak*, 367.
 - *Melilla. Bola de Hamed*, 616.
 - *Melilla. Inauguración de la exposición hispano-marroquí*, 630.
 - *Melilla. Un nuevo avance al otro lado del río Kert*, 326.
 - *Nuevo rival del yate descubierto en la isla de Cuba*, 678.
 - *Por España histórica y artística. Uclés y su monasterio*, 582 y 543.
 - *República Argentina: Electrificación de la vía Retiro a Tigre*, 662.
 - *S. A. la Infanta doña Isabel en Barcelona y en Berga*, 598 y 599.
 - *Santander. El Sanatorio de la isla Pedrosa*, 599.
 - *Melilla. Visita del alto Comisario*, 600.
 - *Valencia. Batalla de Flores*, 535.
- Grabados que ilustran el artículo *Biblioteca de Don Quijote*, 123.
- *Brihuega*, 567.
 - *El Crucifijo. Algunos datos históricos*, 251, 252 y 253.
 - *El tomate. Su cultivo y explotación en América*, 550.
 - *Escultores ingleses modernos*, 491.
 - *Expedición Säckleton al Polo Sur*, 294.
 - *La antigua alfarería mexicana*, 38.
 - *La exposición luliana*, 139.

- *Mézel Joven*, 143.
 - *El monte Fuyi*, 838.
- Imagen de Nuestra Señora de Queralt, 578.
 Madona, fresco descubierto en Santa María de Capua, 406.
 Monumento de don Angel Barrera en Fernando Poo, 40.
 Proyecto de monumento a Pío X, 425.
 Retrato de Raymundo Lulio, 139.
 Uno de los gigantescos cañones destinados a defender las costas yanquis, c. N.º 1.780.
 Uno de los nuevos hoteles de Atlántic City, Nueva Jersey, 568.

DEPORTES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS TÍTULOS)

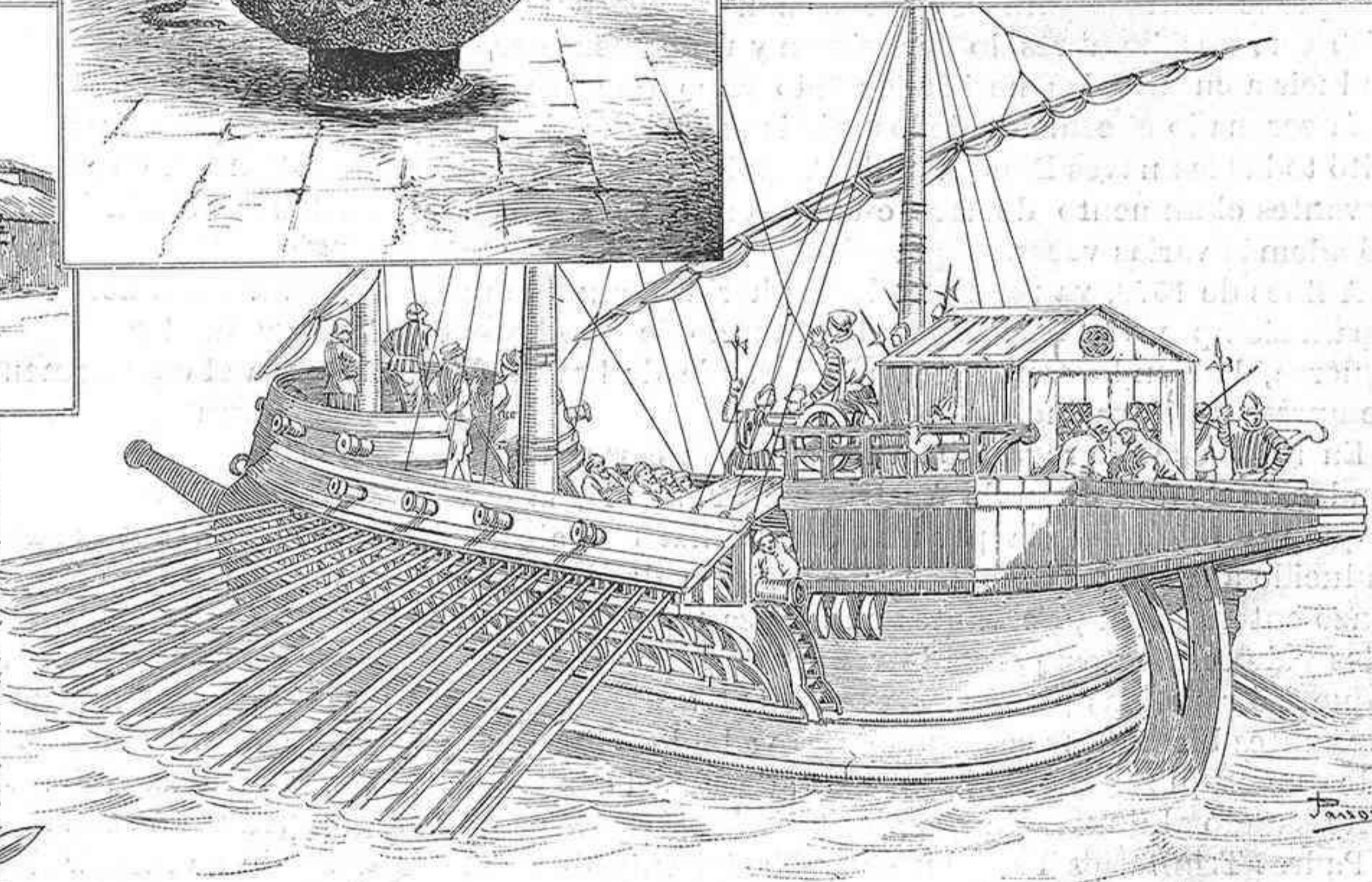
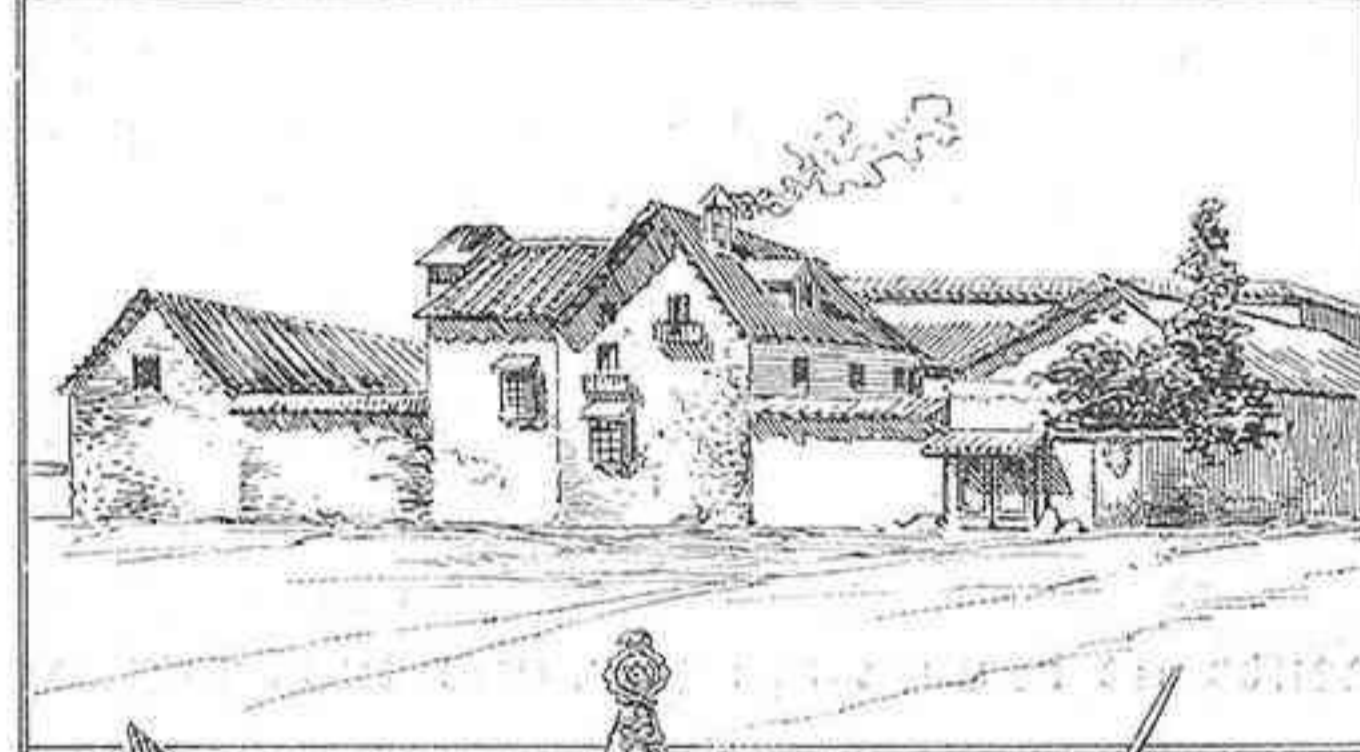
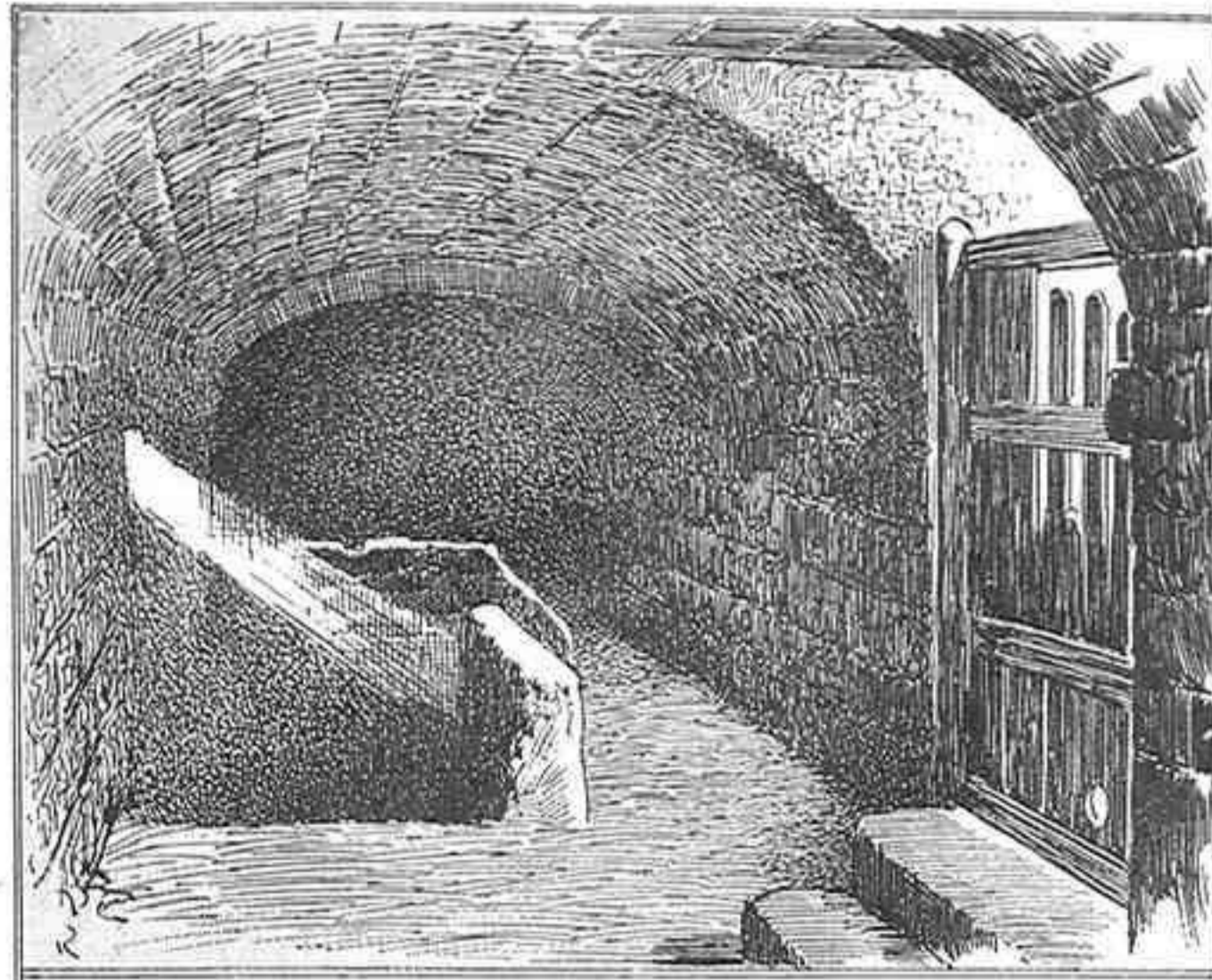
- Aspecto de la playa durante las pruebas del concurso de natación, 566.
 Aspecto de las tribunas durante las regatas del Real Club Marítimo. La embarcación *Salou*. Los vencedores de la carrera de autociclos, 408.
 Barcelona. El campeonato de España de fútbol, 323. -- El equipo Athlétich de Bilbao, y el Barcelona. Prueba final de las carreras pedestres. Enrique Hurken 726. -- Salida de los corredores en la carrera motorista de Sitges, 274.
 Carrera de Skis por parejas, 135.
 Carreras de caballos de San Sebastián. Jugadoras de lawn-tennis, 631.
 Castelldefels. Pruebas del kilómetro lanzado. 792.
 Coches *David y D y G*, 390.
 Colina de San Antonio, que domina el valle de Ribas, 135.
 El automóvil de don José Almagro (N. S. U.) ganador de la copa de honor, 503.
 El automóvil de los señores Pujadas y Llobet, 503.
 El distinguido *sportsman* don Justo San Miguel conduciendo su caballo, 206.
 El equipo futbolista Athlétich de Bilbao y el equipo de Madrid, 322.
 El equipo kaki, primer puesto en la carrera motorista, 680.
 El yate *Chiqui*, 530.
 El yate *Mosquito*, 530.
 La señorita Santamaría que patroneaba el *Fitora*, 680.
 Las reinas. El rey visitando las caballerizas. El caballo *Verdán*, 390.

- Los automóviles que tomaron parte en la «Vuelta a Cataluña», 503.
 Los ganadores de la gran prueba de honor, 562.
 Los ganadores del campeonato motorista de España, 626.
 Llegada de Jack Johnson a la Plaza de Toros Monumental. -- Johnson y Cravan en uno de los *rounds*, 296.
 Madrid. Salida de los corredores del kilómetro lanzado, 274.
 Ricardo Moroder y Manuel Bernar, 418.
 San Sebastián. Carrera de caballos. Prueba de la copa de oro. El caballo *Rabanito*, 642. -- S. M. el rey conduciendo de la brida a su caballo *Antivari*, 674.
 Santos Suárez, ganador del campeonato de España, en el concurso de tiro de pichón, 354.
 Señorita doña Isabel Pons, 566.
 Señoritas que tomaron parte en el concurso hípico. El ganador de la copa del rey y el vencedor del campeonato de altura. Señoritas en las pruebas de amazonas, 440.
 Señoritas que tomaron parte en las regatas de monotipos de Santander, 530.
 S. M. el rey dirigiéndose a su balandro para tomar parte en las regatas, 498.
 S. M. el rey en la canoa automóvil. La reina, el príncipe de Asturias y el infante don Jaime en el embarcadero, 546.
 S. M. el rey viendo los caballos del «Gran Premio», 450.
 S. M. el rey viendo la motocicleta *Indian* de don Julio Acebo, 482.
 S. M. la reina doña Victoria acariciando al caballo *Boticelli*, 498.
 S. M. la reina doña Victoria jugando en el concurso de lawn tennis, 562.

NOVELAS ILUSTRADAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS ARTISTAS DIBUJANTES)

- BASTÉ (I). -- Ilustraciones de la novela «La Espuma del mar», págs. 355, 371, 387, 403, 419, 435, 451 y 467.
 CARRERES (V). -- Ilustraciones de la novela «Por la Gloria», páginas 579, 595, 611, 627, 643, 659, 675, 691, 707 y 723.
 MAS Y FONDEVILA. -- Ilustraciones de la novela «La Española inglesa» (n.º extraordinario). -- Idem de «El cabo Silvestre», págs. 755, 771, 787, 803 y 819.
 CUTANDA (V). -- Ilustraciones de la novela «Amores verbenceros», págs. 483, 499, 515, 531 y 547.



B. 3282

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Aunque varias poblaciones, como Sevilla, Madrid, Lucena, Toledo, Esquivias, Consuegra y Alcázar de San Juan, se han disputado la gloriosa maternidad de Cervantes, está hoy fuera de toda duda que el Príncipe de los ingenios españoles nació en octubre de 1547, en Alcalá de Henares, en cuya iglesia de Santa María fué bautizado el día 9 del citado mes.

Hijo de nobilísima y preclara estirpe que desde Galicia se trasladó a Castilla y

cuyo nombre suena ya en la historia durante el reinado de Fernando III, tuvo por padres a don Rodrigo de Cervantes y a doña Leonor Cortinas, siendo él el menor de los cuatro hijos de este matrimonio.

Aunque no cursó en las aulas de la Universidad complutense bien puede suponerse que en aquella culta población nutrió sólidamente su espíritu con el trato de personas discretas y por medio de la lectura, el estudio y la reflexión.

Desde sus más tiernos años manifestó singular amor al saber y demostró poseer una imaginación vivísima y una memoria privilegiada; y sus obras acreditan que llegó a adquirir una erudición nada vulgar, siquiera su accidentada vida no le permitiese dar a sus estudios la extensión que quizá él mismo deseaba.

De los primeros maestros de Cervantes se conoce únicamente el nombre del presbítero Juan López de Hoyos, varón piadoso y uno de los humanistas más notables del Renacimiento español, y es de creer que el alumno aprendió con gran aprovechamiento si se atiende a los elogios y expresiones de cariño que le prodigó su profesor.

Prescindiendo de cuanto se refiere al primero y oscuro período de su existencia, es lo cierto que Cervantes se hallaba en Madrid cuando en 1568 celebraba la villa las exequias de Isabel de Valois, mujer de Felipe II, puesto que en el libro que con motivo de este suceso y con el título de *Historia y relación verdadera de la enfermedad, felicísimo tránsito... de... doña Isabel de Valois*, publicó el citado López de Hoyos, que regentaba entonces el Estudio de Humanidades de aquella villa, se insertaron unas quintillas, dos sonetos y una elegía de Miguel de Cervantes. Autores de crédito suponen que por aquel entonces compuso los *romances infinitos* y otras diversas poesías, incluso el poema pastoral *La Filena*, de que habla en su *Viaje al Parnaso*, perdidos para la posteridad, en su mayor parte.

Hacia febrero de 1569 salió Cervantes de España con dirección a Roma, acompañando al cardenal Julio Aquaviva, y está comprobado que como camarero de éste residía en aquella capital en 1570. El viaje a la corte pontificia, dado su espíritu observador, le fué muy provechoso: había alcanzado Italia el mayor grado de cultura; frecuentaban seguramente el palacio del cardenal los más esclarecidos ingenios, y allí sin duda amplió Cervantes su educación, conoció y trató a

varios literatos y aun adquirió resabios de italianismos no escasos en sus escritos.

Ávido de gloria, despidióse del cardenal, al que siempre recordó con afecto, y en el propio año de 1570 le vemos formar parte de la compañía del capitán Diego de Urbina, perteneciendo al tercio del famoso guerrero don Miguel de Moncada.

En 7 de octubre de 1571 dióse la memorable batalla de Lepanto y aunque Cervantes yacía en un camarote de la galera de Andrés Doria, *La Marquesa*, inutilizado, al parecer, para el combate por las calenturas que padecía, llegado el instante de pelear, solicitó de Diego de Urbina el puesto de mayor peligro. Batióse con denuedo y en lo más recio de la lucha, recibió dos heridas de arcabuz en el pecho, y otra además que le destrozó para siempre la mano izquierda; pero no quiso que sus hombres lo recogiesen y únicamente se dejó conducir a curarse las heridas cuando supo que la victoria había coronado el esfuerzo de los cristianos. Al día siguiente, visitó todas las naves Don Juan de Austria, quien concedió a Cervantes el aumento de tres escudos en la paga y le socorrió además varias veces.

A fines de 1572, ya repuesto de sus heridas, aunque manco para siempre, vivía incorporado al tercio de don Lope de Figueroa, habiendo concurrido a la jornada de Levante y a la empresa de Navarino.

En 1575, cuando regresaba a España, con cartas de recomendación de don Juan de Austria para Felipe II, la galera en que iba fué apresada por una escuadrilla de galeotes, y conducido a Argel y reducido a la condición de esclavo, comenzó entonces para Cervantes una época terrible de penalidades y de tormentos; pero a la vez gloriosa por el heroísmo de que dió repetidas pruebas. La brevedad que en estos ligeros apuntes biográficos se impone, nos veda describir este período que es quizás el más interesante de su vida.

Rescatado al fin, no sin grandes trabajos y sacrificios, por los Padres Trinitarios Fr. Juan Gil y Fr. Antonio de la Bella en septiembre de 1580, regresó a fines de aquel año a su patria; pero desencantado por la frialdad y el desvío con que en ella fué recibido y mortificado por los obstáculos que se opusieron a sus legítimas esperanzas, empuñó de nuevo las armas y desde 1581 hasta 1583 sirvió en campañas por mar y por tierra contra Portugal. Hacia fines de 1583 abandonó la milicia y dió a la estampa su primera producción de importancia, *La Galatea* y en diciembre de 1585 casó con doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, estableciéndose muy modestamente en Esquivias y componiendo, para atender a su subsistencia, algunas comedias que fueron muy bien acogidas por el público.

Obligado por la necesidad pasó a Sevilla en 1588 con el cargo de temporal, comisario o factor de provisiones para la Armada, y en 1594 desempeñó una comisión del Consejo de la Contaduría Mayor para la cobranza de ciertas cantidades que, procedentes de tercias y alcabalas, debían varios pueblos del reino de Granada. Estando en 1597 otra vez en Sevilla un juez de aquella ciudad recibió orden de prenderlo y enviarlo al Tribunal de Contaduría mayor para responder de un descubierto de 2.641 reales que contra él resultaba de las cuentas formadas por las oficinas; no tardó, sin embargo, en ser puesto en libertad bajo fianza de presentarse dentro de treinta días en Madrid a rendir la cuenta y pagar el alcance.

Pocas noticias se tienen de la existencia de Cervantes desde fines de 1598 hasta principios de 1603, en que, sabedor de que iba a removerse el expediente del supuesto descubierto, se presentó en Valladolid, en donde se hallaba la corte, a presentar sus descargos, que debieron ser satisfactorios, puesto que ya no volvió a ser molestado hasta el fin de sus días. Sábese, no obstante, que durante aquel período estuvo en la Mancha conjeturándose que allí vivió al amparo de algún pariente, habiendo residido especialmente en Argamasilla, que hizo patria de su *Ingenioso Hidalgo*.

A mediados del mes de diciembre de 1604 terminó su *Primera parte de Don Quijote*, que fué impresa en Madrid por

Juan de la Cuesta en 1605, y que dedicó a don Alonso López de Zúñiga y Sotomayor, séptimo duque de Béjar. Pocos meses después, fué encerrado en la cárcel de Valladolid junto con su hermana, una hija natural que tenía y su sobrina por suponerseles complicados en la muerte de un don Gaspar de Ezpeleta que fué mortalmente herido en la calle en donde ellos vivían, y a quien auxilió Cervantes con ayuda de otro vecino; mas no tardó en deshacerse el error, y él y los suyos recobraron la libertad.

Restituída la corte en Madrid, la siguió Cervantes y allí dió a la prensa en 1613 sus *Novelas Ejemplares*, que había ido componiendo en los intervalos que le dejaba libre el desempeño de algunas agencias particulares y que dedicó al conde de Lemos, de quien había recibido protección y grandes pruebas de afecto. Al año siguiente publicó el *Viaje al Parnaso* y una colección de ocho comedias y tenía terminada la segunda parte de su libro inmortal. Por aquel entonces imprimióse en Tarragona otra *Segunda parte de D. Quijote de la Mancha*, cuyo autor, escondiéndose bajo el seudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda, no sólo le había robado su pensamiento, sino que además le colmaba de agravios y de injurias. Cervantes, en el prólogo le contestó con singular ingenio y moderación ejemplar y a fines de 1615 dió a la estampa el complemento de la obra sin par, que fué acogido con gran aplauso por el público y se derramó por todas partes.

Cervantes sobrevivió pocos meses a la publicación de su segunda parte del *Don Quijote*, pero tuvo todavía lugar para dar la última mano a la novela *Trabajos de Pésiles y Segismunda*.

Tenía ya concluída esta nueva obra cuando en 2 de abril de 1616, enfermó de hidropesía y sin poder salir de su casa, hizo en ella su profesión de la Orden Tercera. Dió el mal una breve tregua que le permitió trasladarse a Esquivias, o para despedirse de sus deudos o para buscar algún alivio en la variación de aires y de alimentos; pero vista la ineficacia del remedio, regresó a Madrid, en donde murió ejemplarmente el 23 del citado mes, después de haber recibido el sacramento de la Extremaunción y de escribir, siete días antes de su fallecimiento aquella carta dirigida al conde de Lemos y que sirve de dedicatoria de los *Trabajos de Pésiles y Segismunda*, publicados al año siguiente; carta tan festivamente tierna, que no tiene ejemplar en las agonías del más firme estoico.

El genio de Cervantes ha sido universalmente reconocido y su *Don Quijote* es, después de la *Biblia*, el libro del cual se han hecho más ediciones y que ha sido vertido a mayor número de lenguas.

De su alma privilegiada ha hecho el ilustre Aribau el siguiente retrato, que se encuentra, dice, en sus escritos y en sus acciones:

«Impávido en los peligros, fuerte en las adversidades, modesto en sus triunfos, desprendido y generoso en sus intereses, amigo de favorecer, indulgente con los esfuerzos bien intencionados de la medianía, dotado de juicio recto y clarísimo de imaginación sin ejemplo en su fecundidad, pasó por el mundo como peregrino cuya lengua no se comprende. Sus contemporáneos no lo conocieron y lo miraron con indiferencia; la posteridad le ha dado una compensación justa, pero tardía; porque ha conocido que hubo un hombre que se adelantó a su siglo, que adivinó el gusto y las tendencias de otra sociedad y que, haciéndose popular con sus gracias inagotables, anunció la aurora de una civilización que amaneció mucho después.»

«Los soberanos, agrega el mismo biógrafo, han honrado a porfía su memoria; los magnates y los protectores de las letras le han levantado monumentos; los sabios le han colmado de elogios; el pueblo ve su nombre con una especie de culto; las naciones extrañas nos lo envidian; las artes todas han reproducido su efigie y las creaciones de su fantasía bajo mil formas: y la imprenta multiplica sus escritos todos los años y los difunde por todos los ámbitos del mundo.»



MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

LA ESPAÑOLA INGLESA

NOVELA EJEMPLAR

ENTRE los despojos que los ingleses llevaron de la ciudad de Cádiz, Clotaldo, un caballero inglés, capitán de una escuadra de navíos, llevó a Londres una niña de siete años, poco más o menos, y esto contra la voluntad y sabiduría del conde de Éssex, que con gran diligencia hizo buscar la niña para volvérsela a sus padres, que ante él se quejaron de la falta de su hija, pidiéndole que pues se contentaba con las haciendas y dejaba libres las personas, no fuesen ellos tan desdichados, que ya que quedaban pobres quedasen sin su hija, que era la lumbre de sus ojos, y la más hermosa criatura que había en toda la ciudad. Mandó el conde echar bando por toda su armada, que so pena de la vida volviese la niña, cualquiera que la tuviese; mas ningunas penas ni temores fueron bastantes a que Clotaldo la obedeciese, que la tenía escondida en su nave, aficionado, aunque cristianamente, a la incomparable hermosura de Isabela, que así se llamaba la niña. Finalmente, sus padres se quedaron sin ella, tristes y desconsolados, y Clotaldo alegre sobre modo llegó a Londres, y entregó por riquísimo despojo a su mujer a la hermosa niña. Quiso la buena suerte que todos los de la casa de Clotaldo eran católicos secretos, aunque en lo público mostraban seguir la opinión de su reina. Tenía Clotaldo un hijo llamado Ricaredo, de edad de doce años, enseñado de sus padres a amar y temer a Dios, y a estar muy entero en las verdades de la fe católica. Catalina, la mujer de Clotaldo, noble, cristiana, y prudente señora, tomó tanto amor a Isabela, que como si fuera su hija la criaba, regalaba e industriaba; y la niña era de tan buen natural, que con facilidad aprendía todo cuanto le enseñaban; con el tiempo y con los regalos fué olvidando los que sus padres verdaderos le habían hecho; pero no tanto que dejase de acordarse y de suspirar por ellos muchas veces; y aunque iba aprendiendo la lengua inglesa, no perdía la española, porque Clotaldo tenía cuidado de traerle a casa secretamente españoles que hablasen con ella; desta manera, sin olvidar la suya, como está dicho, hablaba la lengua inglesa como si hubiera nacido en Londres: después de haberle enseñado todas las cosas de labor, que puede y debe saber una doncella bien nacida, la enseñaron a leer y escribir más que medianamente; pero en lo que tuvo extremo fué en tañer todos los instrumentos que a una mujer son lícitos, y esto con toda perfección de música, acompañándola con una voz que le dió el cielo tan extremada, que encantaba cuando cantaba. Todas estas gracias, adquiridas y puestas sobre la natural suya, poco a poco fueron encendiendo el pecho de Ricaredo,

a quien ella como a hijo de su señor quería y servía: al principio le saltó amor con un modo de agradarse y complacerse de ver la singular belleza de Isabela, y de considerar sus infinitas virtudes y gracias, amándola como si fuera su hermana, sin que sus deseos saliesen de los términos honrados y virtuosos. Pero como fué creciendo Isabela, que ya cuando Ricaredo ardía, tenía doce años, aquella benevolencia primera, y aquella complacencia y agrado de mirarla, se volvió en ardentísimos deseos de gozarla y de poseerla: no porque aspirase a esto por otros medios que por los de ser su esposo, pues de la incomparable honestidad de Isabela (que así la llamaban ellos) no se podía esperar otra cosa, ni aun él quisiera esperarla aunque pudiera; porque la noble condición suya y la estimación en que a Isabela tenía, no consentían que ningún mal pensamiento echase raíces en su alma: mil veces determinó manifestar su voluntad a sus padres, y otras tantas no aprobó su determinación, porque él sabía que le tenían dedicado para ser esposo de una muy rica y principal doncella escocesa, asimismo secreta cristiana como ellos; y estaba claro, según él decía, que no habían de querer dar a una esclava (si este nombre se podía dar a Isabela) lo que ya tenían concertado de dar a una señora: y así perplejo y pensativo, sin saber qué camino tomar para venir al fin de su buen deseo, pasaba una vida tal, que le puso a punto de perderla; pero pareciéndole ser gran cobardía dejarse morir sin intentar algún género de remedio a su dolencia, se animó y esforzó a declarar su intento a Isabela. Andaban todos los de su casa tristes y alborotados por la enfermedad de Ricaredo, que de todos era querido, y de sus padres con el extremo posible, así por no tener otro, como porque lo merecía su mucha virtud y su gran valor y entendimiento: no le acertaban los médicos la enfermedad, ni él osaba ni quería descubrírsele. En fin, puesto en romper por las dificultades que él se imaginaba, un día que entró Isabela a servirle, viéndola sola, con desmayada voz y lengua turbada le dijo: «Hermosa Isabela, tu valor, tu mucha virtud y grande hermosura me tienen como ves; si no quieres que deje la vida en manos de las mayores penas que pueden imaginarse, responde el tuyo a mi buen deseo, que no es otro que el de recibirte por mi esposa a hurto de mis padres, de los cuales temo que, por no conocer lo que yo conozco que mereces, me han de negar el bien que tanto me importa: si me das la palabra de ser mía, yo te la doy desde luego como verdadero y católico cristiano de ser tuyo; que puesto que no llegue a gozarte, como no llegaré

hasta que con bendición de la Iglesia y de mis padres sea, aquel imaginar que con seguridad eres mía, será bastante a darme salud y a mantenerme alegre y contento hasta que llegue el feliz punto que deseo.» En tanto que esto dijo Ricaredo, estuvo escuchándole Isabela, los ojos bajos, mostrando en aquel punto que su honestidad se igualaba a su hermosura, y a su mucha discreción su recato; y así viendo que Ricaredo callaba, honesta, hermosa y discreta le respondió desta suerte: «Después que quiso el rigor o la clemencia del cielo (que no sé a cuál destos extremos lo atribuya) quitarme a mis padres, señor Ricaredo, y darme a los vuestros, agradecida a las infinitas mercedes que me han hecho, determiné que jamás mi voluntad saliese de la suya, y así sin ella tendría no por buena, sino por mala fortuna la inestimable merced que queréis hacerme; si con su sabiduría fuere yo tan venturosa que os merezca, desde aquí os ofrezco la voluntad que ellos me dieren, y en tanto que esto se dilate, o no fuere, entretenga vuestros deseos saber que los míos serán eternos y limpios en deseáros el bien que el cielo puede daros.» Aquí puso silencio Isabela a sus honestas y discretas razones, y allí comenzó la salud de Ricaredo, y comenzaron a revivir las esperanzas de sus padres, que en su enfermedad muertas estaban. Despidiéronse los dos cortésmente: él con lágrimas en los ojos, ella con admiración en el alma de ver tan rendida a su amor la de Ricaredo; el cual levantado del lecho, al parecer de sus padres por milagro, no quiso tenerles más tiempo ocultos sus pensamientos: y así un día se los manifestó a su madre, diciéndole en el fin de su plática, que fué larga, que si no le casaban con Isabela, que el negársela y darle la muerte era todo una misma cosa: con tales encarecimientos subió al cielo las virtudes de Isabela Ricaredo, que le pareció a su madre que Isabela era la engañada en llevar a su hijo por esposo. Dió buenas esperanzas a su hijo de disponer a su padre a que con gusto viniese en lo que ya ella también venía; y así fué, que diciendo a su marido las mismas razones que a ella había dicho su hijo, con facilidad le movió a querer lo que tanto su hijo deseaba, fabricando excusas que impidiesen el casamiento que casi tenía concertado con la doncella de Escocia. A esta sazón tenía Isabela catorce, y Ricaredo veinte años, y en esta tan verde y tan florida edad su mucha discreción y conocida prudencia los hacía ancianos.

Cuatro días faltaban para llegar aquel en el cual los padres de Ricaredo querían que su hijo inclinase el cuello al yugo santo del matrimonio, teniéndose por prudentes y dichosísimos de haber escogido a su prisionera por su hija, teniendo en más la dote de sus virtudes que la mucha riqueza que con la escocesa se les ofrecía: las galas estaban ya a punto, los parientes y los amigos convidados, y no faltaba otra cosa sino hacer a la reina sabedora de aquel concierto, porque sin su voluntad y consentimiento entre los de ilustre sangre no se efectúa casamiento alguno; pero no dudaron de la licencia, y así se detuvieron en pedirla. Digo pues que estando todo en este estado, cuando faltaban los cuatro días hasta el de la boda, una tarde turbó todo su regocijo un ministro de la reina, que dió un recaudo a Clotaldo, que Su Majestad mandaba que otro día por la mañana llevasen a su presencia a su prisionera la española de Cádiz. Respondióle Clotaldo que de muy buena gana haría lo que Su Majestad le mandaba. Fuése el ministro, y dejó llenos los pechos de todos de turbación, de sobresalto y miedo. «¡Ay, decía la señora Catalina, si sabe la reina que yo he criado esta niña a lo católico, de aquí viene a inferir que todos los desta casa somos cristianos! pues si la reina le pregunta qué es lo que ha aprendido en ocho años que ha que es prisionera, ¿qué ha de responder la cuitada que no nos condene, por más discreción que tenga?» Oyendo lo cual Isabela, le dijo: «No le dé pena

alguna, señora mía, ese temor, que yo confío en el cielo, que me ha de dar palabras en aquel instante por su divina misericordia, que no sólo no os condenen, sino que redunden en provecho vuestro.» Temblaba Ricaredo, casi como adivino de algún mal suceso. Clotaldo buscaba modos que pudiesen dar ánimo a su mucho temor, y no los hallaba sino en la mucha confianza que en Dios tenía y en la prudencia de Isabela, a quien encomendó mucho que por todas las vías que pudiese excusase el condenallos por católicos; que puesto que estaban prontos con el espíritu a recibir martirio, todavía la carne enferma rehusaba su amarga carrera. Una y muchas veces les aseguró Isabela estuviesen seguros que por su causa no sucedería lo que temían y sospechaban; porque aunque ella entonces no sabía lo que había de responder a las preguntas que en tal caso le hiciesen, tenía viva y cierta esperanza que había de responder de modo que, como otra vez había dicho, sus respuestas les sirviesen de abono. Discurrieron aquella noche en muchas cosas, especialmente en que si la reina supiera que eran católicos, no les enviaría recaudo tan manso, por donde se podía inferir que sólo quería ver a Isabela, cuya sin igual hermosura y habilidades habrían llegado a sus oídos como a todos los de la ciudad; pero ya en no habérsela presentado se hallaban culpados, de la cual culpa hallaron sería bien disculparse con decir, que desde el punto que entró en su poder la escogieron y señalaron para esposa de su hijo Ricaredo; pero también en esto se culpaban, por haber hecho el casamiento sin licencia de la reina, aunque esta culpa no les pareció digna de gran castigo. Con esto se consolaron, y acordaron que Isabela no fuese vestida humildemente como prisionera, sino como esposa, pues ya lo era de tan principal esposo como su hijo. Resueltos en esto, otro día vistieron a Isabela a la española, con una saya entera de raso verde acuchillada, y forrada en rica tela de oro, tomadas las cuchilladas con unas eses de perlas, y toda ella bordada de riquísimas perlas: collar y cintura de diamantes, y con abanico a modo de las señoras damas españolas: sus mismos cabellos, que eran muchos, rubios y largos, entretejidos y sembrados de diamantes y perlas, le servían de tocado. Con este adorno riquísimo, y con su gallarda disposición y milagrosa belleza, se mostró aquel día a Londres sobre una hermosa carroza, llevando colgados de su vista las almas y los ojos de cuantos la miraban. Iban con ella Clotaldo y su mujer, y Ricaredo en la carroza, y a caballo muchos ilustres parientes suyos. Toda esta honra quiso hacer Clotaldo a su prisionera, por obligar a la reina la tratase como esposa de su hijo. Llegados pues a palacio, y a una gran sala donde la reina estaba, entró por ella Isabela, dando de sí la más hermosa muestra que pudo caber en humana imaginación. Era la sala grande y espaciosa, y a dos pasos se quedó el acompañamiento, y se adelantó Isabela, y como quedó sola, pareció lo mismo que parece la estrella o exhalación que por la región del fuego en serena y sosegada noche suele moverse, o bien ansí como rayos del sol que al salir el día, por entre dos montañas se descubre: todo esto pareció, y aun cometa que pronosticó el incendio de más de una alma de los que allí estaban, a quien amor abrasó con los rayos de los hermosos soles de Isabela. La cual, llena de humildad y cortesía, se fué a poner de hinojos ante la reina, y en lenga inglesa le dijo: «Dé Vuestra Majestad las manos a esta su sierva, que desde hoy más se tendrá por señora, pues ha sido tan venturosa que ha llegado a ver la grandeza vuestra.» Estívola la reina mirando por un buen espacio, sin hablarle palabra, pareciéndole, como después dijo a su camarera, que tenía delante un cielo estrellado, cuyas estrellas eran las muchas perlas y diamantes que Isabela traía, su bello rostro y sus ojos el sol y la luna, y toda ella una nueva maravilla de hermosura. Las damas que estaban con la reina



Mas y Fondevila, dibujó

EN TANTO QUE ESTO DIJO RICAREDO, ESTUVO ESCUCHÁNDOLE ISABELA, LOS OJOS BAJOS... (pág. 4).

quisieran hacerse todas ojos, porque no les quedase cosa por mirar en Isabela: cuál alababa la viveza de sus ojos, cuál la color del rostro, cuál la gallardía del cuerpo y cuál la dulzura de la habla, y tal hubo que de pura envidia, dijo: «Buena es la española, pero no me contenta el traje.» Después que pasó algún tanto la suspensión de la reina, haciendo levantar a Isabela, le dijo: «Habladme en español, doncella, que yo le entiendo bien, y gustaré dello»; y volviéndose a Clotaldo, dijo: «Clotaldo, agravio me habéis hecho en tenerme este tesoro tantos años ha encubierto; mas él es tal que os habrá movido a codicia: obligado estáis a restituírmelo, porque de derecho es mío.» «Señora, respondió Clotaldo, mucha verdad es lo que Vuestra Majestad dice: confieso mi culpa, si lo es haber guardado este tesoro a que estuviese en la perfección que convenía para parecer ante los ojos de Vuestra Majestad; y ahora que lo está, pensaba traerle mejorado, pidiendo licencia a Vuestra Majestad, para que Isabela fuese esposa de mi hijo Ricaredo, y daros, Alta Majestad, en los dos todo cuanto puedo daros.» «Hasta el nombre me contenta, respondió la reina; no le faltaba más sino llamarse Isabela la española, para que no me quedase nada de perfección que desear en ella; pero advertid, Clotaldo, que sé que sin mi licencia la teníades prometida a vuestro hijo.» «Así es verdad, señora, respondió Clotaldo; pero fué en confianza que los muchos y relevados servicios que yo y mis pasados tenemos hechos a esta corona, alcanzarían de Vuestra Majestad otras mercedes más dificultosas que las desta licencia: cuanto más que aun no está desposado mi hijo.» «Ni lo estará, dijo la reina, con Isabela hasta que por sí mismo lo merezca; quiero decir, que no quiero que para esto le aprovechen vuestros servicios, ni de sus pasados: él por sí mismo se ha de disponer a servirme, y a merecer por sí esta prenda, que yo la estimo como si fuese mi hija.» Apenas oyó esta última palabra Isabela, cuando se volvió a hincar de rodillas ante la reina, diciéndole en lengua castellana: «Las desgracias que tales descuentos traen, serenísima señora, antes se han de tener por dichas que por desventuras: ya Vuestra Majestad me ha dado nombre de hija: sobre tal prenda ¿qué males podré temer, o qué bienes no podré esperar?» Con tanta gracia y donaire decía cuanto decía Isabela, que la reina se le aficionó en extremo, y mandó que se quedase en su servicio, y se la entregó a una gran señora, su camarera mayor, para que la enseñase el modo de vivir suyo. Ricaredo, que se vió quitar la vida en quitarle a Isabela, estuvo a pique de perder el juicio; y así temblando y con sobresalto se fué a poner de rodillas ante la reina, a quien dijo: «Para servir yo a Vuestra Majestad no es menester incitarme con otros premios que con aquellos que mis padres y mis pasados han alcanzado por haber servido a sus reyes; pero pues Vuestra Majestad gusta que yo la sirva con nuevos deseos y pretensiones, querría saber en qué modo, en qué ejercicio podré mostrar que cumplo con la obligación en que Vuestra Majestad me pone.» «Dos navíos, respondió la reina, están para partirse en corso, de los cuales he hecho general al varón de Lansac: del uno dellos os hago a vos capitán; porque la sangre de do venís me asegura que ha de suplir la falta de vuestros años; y advertid a la merced que os hago, pues os doy ocasión en ella a que correspondiendo a quien sois, sirviendo a vuestra reina, mostréis el valor de vuestro ingenio y de vuestra persona, y alcancéis el mejor premio que a mi parecer vos mismo podéis acertar a deseáros: yo misma os seré guarda de Isabela, aunque ella da muestras que su honestidad será su más verdadera guarda: id con Dios, que pues vais enamorado, como imagino, grandes cosas me prometo de vuestras hazañas; felice fuera el rey batallador que tuviera en su ejército diez mil soldados amantes, que esperaran que el premio de sus victorias había de ser gozar de sus amadas.

Levantaos, Ricaredo, y mirad si tenéis o queréis decir algo a Isabela, porque mañana ha de ser vuestra partida.» Besó las manos Ricaredo a la reina, estimando en mucho la merced que le hacía, y luego se fué a hincar de rodillas ante Isabela, y queriéndola hablar no pudo, porque se le puso un nudo en la garganta, que le ató la lengua, y las lágrimas acudieron a los ojos, y él acudió a disimularlas lo más que le fué posible; pero con todo eso no se pudieron encubrir a los ojos de la reina, pues dijo: «No os afrentéis, Ricaredo, de llorar, ni os tengáis en menos por haber dado en este trance tan tiernas muestras de vuestro corazón, que una cosa es pelear con los enemigos, y otra despedirse de quien bien se quiere: abrazad, Isabela, a Ricaredo, y dadle vuestra bendición, que bien lo merece su sentimiento.» Isabela, que estaba suspensa y atónita de ver la humildad y dolor de Ricaredo, que como a su esposo le amaba, no entendió lo que la reina le mandaba, antes comenzó a derramar lágrimas tan sin pensar lo que hacía, y tan ciega y tan sin movimiento alguno, que no parecía sino que lloraba una estatua de alabastro. Estos afectos de los dos amantes, tan tiernos y tan enamorados, hicieron verter lágrimas a muchos de los circunstantes, y sin hablar más palabra Ricaredo y sin haberle hablado alguna a Isabela, haciendo Clotaldo y los que con él venían reverencia a la reina, se salieron de la sala, llenos de compasión, de despecho y de lágrimas. Quedó Isabela como huérfana que acaba de enterrar sus padres, y con temor que la nueva señora quisiese que mudase las costumbres en que la primera la había criado. En fin, se quedó, y de allí a dos días Ricaredo se hizo a la vela, combatido, entre otros muchos, de dos pensamientos que le tenían fuera de sí: era el uno considerar que le convenía hacer hazañas que le hiciesen merecedor de Isabela, y el otro que no podía hacer ninguna, si había de responder a su católico intento, que le impedía desenvainar la espada contra católicos, y si no la desenvainaba, había de ser notado de cristiano, o de cobarde, y todo esto redundaba en perjuicio de su vida y en obstáculo de su pretensión. Pero en fin, determinó de posponer al gusto de enamorado el que tenía de ser católico, y en su corazón pedía al cielo le deparase ocasiones, donde con ser valiente cumpliese con ser cristiano, dejando a su reina satisfecha y a Isabela merecida. Seis días navegaron los dos navíos con próspero viento, siguiendo la derrota de las islas Terceras, paraje donde nunca faltan o naves portuguesas de las Indias orientales, o algunas derrotadas de las occidentales. Y al cabo de los seis días les dió de costado un recísimo viento que en el mar Océano tiene otro nombre que en el Mediterráneo, donde se llama mediodía, el cual viento fué tan durable y tan recio, que sin dejarles tomar las islas, les fué forzoso correr a España; y junto a su costa, a la boca del estrecho de Gibraltar, descubrieron tres navíos, uno poderoso y grande, y los dos pequeños: arribó la nave de Ricaredo a su capitana por saber de su general si quería embestir a los tres navíos que se descubrían; y antes que a ella llegase, vió poner sobre la gavia mayor un estandarte negro, y llegando más cerca, oyó que tocaban en la nave clarines y trompetas roncadas, señales claras o que el general era muerto, o alguna otra principal persona de la nave. Con este sobresalto llegaron a poderse hablar, que no lo habían hecho después que salieron del puerto; dieron voces de la nave capitana diciendo que el capitán Ricaredo pasase a ella, porque el general la noche antes había muerto de una apoplejía. Todos se entristecieron, si no fué Ricaredo que se alegró, no por el daño de su general, sino por ver que quedaba él libre para mandar en los dos navíos; que así fué la orden de la reina, que faltando el general, lo fuese Ricaredo, el cual con presteza se pasó a la capitana, donde halló que unos lloraban por el general muerto, y otros se alegraban con el vivo: finalmente



Mas y Fondevila, dibujó

SE ADELANTÓ ISABELA, Y COMO QUEDÓ SOLA, PARECIÓ LO MISMO QUE PARECE LA ESTRELLA O EXHALACIÓN
QUE POR LA REGIÓN DEL FUEGO EN SERENA Y SOSEGADA NOCHE SUELE MOVERSE (pág. 4).

los unos y los otros le dieron luego la obediencia, y le aclamaron por su general con breves ceremonias, no dando lugar a otra cosa dos de los tres navíos que habían descubierto, los cuales desviándose del grande, a las dos naves se venían. Luego conocieron ser galeras y turquescas, por las medias lunas que en las banderas traían, de que recibió gran gusto Ricaredo, pareciéndole que aquella presa, si el cielo se la concediese, sería de consideración, sin haber ofendido a ningún católico. Las dos goletas turquescas llegaron a reconocer los navíos ingleses, los cuales no traían insignias de Inglaterra, sino de España, por desmentir a quien llegase a reconocerlos, y no los tuviesen por navíos de corsarios. Creyeron los turcos ser naves derrotadas de las Indias, y que con facilidad las rendirían. Fuéronse entrando poco a poco, y de industria los dejó llegar Ricaredo hasta tenerlos a gusto de su artillería, la cual mandó disparar a tan buen tiempo, que con cinco balas dió en la mitad de una de las galeras con tanta furia, que la abrió por medio toda; dió luego a la banda, y comenzó a irse a pique sin poderse remediar. La otra galera, viendo tan mal suceso, con mucha priesa le dió cabo, y le llevó a poner debajo del costado del gran navío; pero Ricaredo que tenía los suyos prestos y ligeros, que salían y entraban como si tuvieran remos, mandando cargar de nuevo la artillería, los fué siguiendo hasta la nave, lloviendo sobre ellos infinidad de balas. Los de la goleta abierta así como llegaron a la nave la desampararon, y con priesa y celeridad procuraban acogerse a la nave. Lo cual visto por Ricaredo, y que la galera sana se ocupaba con la rendida, cargó sobre ella con sus dos navíos, y sin dejarla rodear ni valerse de los remos, la puso en estrecho, que los turcos se aprovecharon ansimismo del refugio de acogerse a la nave, no para defenderse en ella, sino por escapar las vidas por entonces. Los cristianos, de quien venían armadas las galeras, arrancando las branzas y rompiendo las cadenas, mezclados con los turcos, también se recogieron a la nave, y como iban subiendo por su costado, con la arcabucería de los navíos los iban tirando como al blanco: a los turcos no más, que a los cristianos mandó Ricaredo que nadie los tirase. Desta manera casi todos los más turcos fueron muertos, y los que en la nave entraron, por los cristianos que con ellos se mezclaron aprovechándose de sus mismas armas, fueron hechos pedazos; que la fuerza de los valientes cuando caen, se pasa a la flaqueza de los que se levantan: y así con el calor que les daba a los cristianos pensar que los navíos ingleses eran españoles, hicieron por su libertad maravillas. Finalmente, habiendo muerto casi todos los turcos, algunos españoles se pusieron a bordo del navío, y a grandes voces llamaron a los que pensaban ser españoles, entrasen a gozar el premio del vencimiento. Preguntándoles Ricaredo en español que ¿qué navío era aquél? respondieron que era una nave que venía de la India de Portugal, cargada de especería, y con tantas perlas y diamantes, que valía más de un millón de oro, y que con tormenta había arribado a aquella parte, toda destruída y sin artillería, por haberla echado a la mar la gente enferma y casi muerta de sed y de hambre, y que aquellas dos galeras, que eran del corsario Arnaut Mamí, el día antes la habían rendido, sin haberse puesto en defensa, y que a lo que habían oído decir, por no poder pasar tanta riqueza a sus dos bajeles, la llevaban a jorro para meterla en el río de Larache, que estaba allí cerca. Ricaredo les respondió que si ellos pensaban que aquellos dos navíos eran españoles, se engañaban, que no eran sino de la señora reina de Inglaterra, cuya nueva dió que pensar y que temer a los que la oyeron, pensando, como era razón que pensasen, que de un lazo habían caído en otro. Pero Ricaredo les dijo que no temiesen algún daño, y que estuviesen ciertos de su libertad, con tal que no se pusiesen en

defensa. «Ni es posible ponernos en ella, respondieron; porque, como se ha dicho, este navío no tiene artillería, ni nosotros armas: así que nos es forzoso acudir a la gentileza y liberalidad de vuestro general; pues será justo que quien nos ha librado del insufrible cautiverio de los turcos, lleve adelante tan gran merced y beneficio, pues le podrá hacer famoso en todas las partes, que serán infinitas, donde llegare la nueva desta memorable vitoria y de su liberalidad, más de nosotros esperada que temida.» No le parecieron mal a Ricaredo las razones del español, y llamando a consejo los de su navío, les preguntó cómo haría para enviar todos los cristianos a España, sin ponerse a peligro de algún siniestro suceso, si el ser tantos les daba ánimo para levantarse. Pareceres hubo, que los hiciese pasar uno a uno a su navío, y así como fuesen entrando debajo de cubierta, matarles, y desta manera matarlos a todos, y llevar la gran nave a Londres sin temor ni cuidado alguno. A esto respondió Ricaredo: «Pues que Dios nos ha hecho tan gran merced en darnos tanta riqueza, no quiero corresponderle con ánimo cruel y desagradecido, ni es bien que lo que puedo remediar con la industria, lo remedie con la espada; y así soy de parecer que ningún cristiano católico muera, no porque los quiero bien, sino porque me quiero a mí muy bien, y querría que esta hazaña de hoy ni a mí ni a vosotros, que en ella me habéis sido compañeros, nos diese, mezclado con el nombre de valientes, el renombre de crueles, porque nunca dijo bien la crueldad con la valentía: lo que se ha de hacer es que toda la artillería de un navío destes se ha de pasar a la gran nave portuguesa, sin dejar en el navío otras armas ni otra cosa más del bastimento, y no lijando la nave de nuestra gente, la llevaremos a Inglaterra, y los españoles se irán a España.» Nadie osó contradecir lo que Ricaredo había propuesto, y algunos le tuvieron por valiente y magnánimo y de buen entendimiento; otros le juzgaron en sus corazones por más católico que debía. Resuelto pues en esto Ricaredo, pasó con cincuenta arcabuceros a la nave portuguesa, todos alerta y con las cuerdas encendidas: halló en la nave casi trecientas personas, de las que habían escapado de las galeras: pidió luego el registro de la nave, y respondióle aquel mismo que desde el borde le habló la vez primera, que el registro le había tomado el corsario de los bajeles, que con ellos se había ahogado. Al instante puso el torno en orden, y acostando su segundo bajel a la gran nave, con maravillosa presteza y con fuerza de fortísimos cabestrantes, pasaron la artillería del pequeño bajel a la mayor nave: luego haciendo una breve plática a los cristianos, les mandó pasar al bajel desembarazado, donde hallaron bastimento en abundancia para más de un mes y para más gente; y así como se iban embarcando, dió a cada uno cuatro escudos de oro españoles, que hizo traer de su navío, para remediar en parte su necesidad cuando llegasen a tierra, que estaba tan cerca, que las altas montañas de Avila y Calpe desde allí se parecían. Todos le dieron infinitas gracias por la merced que les hacía, y el último que se iba a embarcar fué aquel que por los demás había hablado, el cual le dijo: «Por más ventura tuviera, valeroso caballero, que me llevaras contigo a Inglaterra, que no me enviaras a España, porque aunque es mi patria, y no habrá sino seis días que della partí, no he de hallar en ella otra cosa que no sea de ocasiones de tristezas y soledades más: sabrás, señor, que en la pérdida de Cádiz, que sucedió habrá quince años, perdí una hija que los ingleses debieron de llevar a Inglaterra, y con ella perdí el descanso de mi vejez y la luz de mis ojos, que después que no la vieron, nunca han visto cosa que de su gusto sea: el grave descontento en que me dejó su pérdida y la de la hacienda, que también me faltó, me pusieron de manera, que ni más quise, ni más pude ejercitar la mercadería, cuyo trato me había puesto

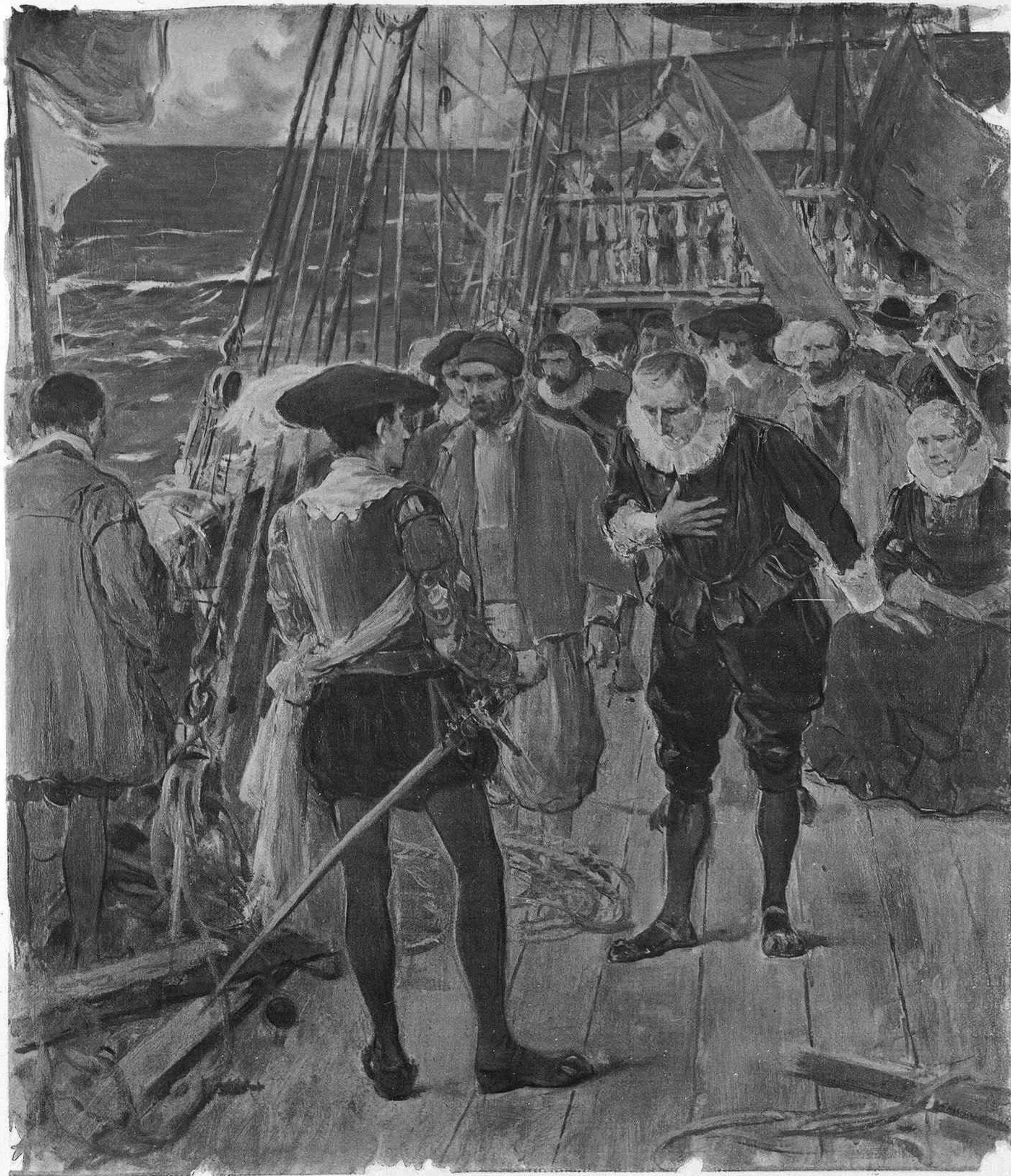


Mas y Fondevila, dibujó

... Y VIENDO CLARAMENTE SER ISABELA SU HIJA, ABRAZÁNDOSE CON ELLA DIÓ UNA GRAN VOZ, DICIENDO... (pág. 12).

en opinión de ser el más rico mercader de toda la ciudad: y así era la verdad, pues fuera del crédito, que pasaba de muchos centenares de millares de escudos, valía mi hacienda dentro de las puertas de mi casa más de cincuenta mil ducados: todo lo perdí, y no hubiera perdido nada, como no hubiera perdido a mi hija: tras esta general desgracia, y tan particular mía, acudió la necesidad a fatigarme hasta tanto que no pudiéndola resistir, mi mujer y yo, que es aquella triste que allí está sentada, determinamos irnos a las Indias, común refugio de los pobres generosos; y habiéndonos embarcado en un navío de aviso seis días ha, a la salida de Cádiz dieron con el navío estos dos bajeles de corsarios, y nos cautivaron, donde se renovó nuestra desgracia y se confirmó nuestra desventura; y fuera mayor si los corsarios no hubieran tomado aquella nave portuguesa, que los entretuvo hasta haber sucedido lo que él había visto.» Preguntóle Ricaredo cómo se llamaba su hija. Respondióle que Isabel. Con esto acabó de confirmarse Ricaredo en lo que ya había sospechado, que era, que el que se lo contaba era el padre de su querida Isabela; y sin darle algunas nuevas della, le dijo que de muy buena gana llevaría a él y a su mujer a Londres, donde podría ser hallasen nuevas de la que deseaban: hízolos pasar luego a su capitana, poniendo marineros y guardas bastantes en la nao portuguesa. Aquella noche alzaron velas, y se dieron prisa a apartarse de las costas de España, porque el navío de los cautivos libres (entre los cuales también iban hasta veinte turcos, a quien también Ricaredo dió libertad, por mostrar que más por su buena condición y generoso ánimo se mostraba liberal, que por forzarlo amor que a los católicos tuviese) rogó a los españoles que en la primera ocasión que se ofreciese, diesen entera libertad a los turcos, que ansimismo se le mostraron agradecidos. El viento, que daba señales de ser próspero y largo, comenzó a calmar un tanto, cuya calma levantó gran tormenta de temor en los ingleses, que culpaban a Ricaredo y a su liberalidad, diciéndole que los libres podían dar aviso en España de aquel suceso, y que si acaso había galeones de armada en el puerto, podían salir en su busca, y ponerlos en aprieto, y en término de perderse. Bien conocía Ricaredo que tenían razón; pero vencidos a todos con buenas razones, los sosegó; pero más los quietó el viento que volvió a refrescar de modo, que dándole en todas las velas, sin tener necesidad de amainallas ni aun de templallas, dentro de nueve días se hallaron a la vista de Londres, y cuando en él victoriosos volvieron, habría treinta que dél faltaban. No quiso Ricaredo entrar en el puerto con muestras de alegría, por la muerte de su general, y así mezcló las señales alegres con las tristes: unas veces sonaban clarines regocijados, otras trompetas roncas: unas tocaban los atambores alegres y sobresaltadas armas, a quien con señas tristes y lamentables respondían los pífanos: de una gavia colgaba puesta al revés una bandera de medias lunas sembrada: en otra se veía un luengo estandarte de tafetán negro, cuyas puntas besaban el agua. Finalmente, con estos tan contrarios extremos entró en el río de Londres con su navío, porque la nave no tuvo fondo en él que la sufriese; y así se quedó en la mar a lo largo. Estas tan contrarias muestras y señales tenían suspenso el infinito pueblo que desde la ribera les miraba: bien conocieron por algunas insignias que aquel navío menor era la capitana del barón de Lansac, mas no podían alcanzar cómo el otro navío se hubiese cambiado con aquella poderosa nave, que en la mar se quedaba; pero sacólos desta duda haber saltado en el esquife, armado de todas armas, ricas y resplandecientes, el valeroso Ricaredo, que a pie, sin esperar otro acompañamiento que aquel de un innumerable vulgo que le seguía, se fué a palacio, donde ya la reina puesta a unos corredores estaba espe-

rando le trujesen la nueva de los navíos: estaba con la reina y con las otras damas Isabela vestida a la inglesa, y parecía tan bien cómo a la castellana: antes que Ricaredo llegase, llegó otro que dió las nuevas a la reina de cómo Ricaredo venía. Alborotóse Isabela, oyendo el nombre de Ricaredo, y en aquel instante temió y esperó malos y buenos sucesos de su venida. Era Ricaredo alto de cuerpo, gentil hombre y bien proporcionado; y como venía armado de peto, espaldar, gola y brazales, escarcelas, con unas armas milanesas de once vistas, grabadas y doradas, parecía en extremo bien a cuantos le miraban: no le cubría la cabeza morrión alguno, sino un sombrero de gran falda, de color leonado, con mucha diversidad de plumas terciadas a la valona: la espada ancha, los tiros ricos, las calzas a la esguízara. Con este adorno, y con el paso brioso que llevaba, algunos hubo que le compararon a Marte, dios de las batallas, y otros llevados de la hermosura de su rostro dicen que le compararon a Venus, que para hacer alguna burla a Marte de aquel modo se había disfrazado. En fin él llegó ante la reina. Puesto de rodillas le dijo: «Alta Majestad, en fuerza de vuestra ventura y en consecución de mi deseo, después de haber muerto de una apoplejía el general de Lansac, quedando yo en su lugar, merced a la liberalidad vuestra, me deparó la suerte dos galeras turquescas que llevaban remolcando aquella gran nave que allí se parece: acometílas, pelearon vuestros soldados como siempre: echáronse a fondo los bajeles de los corsarios: en el uno de los nuestros en vuestro real nombre di libertad a los cristianos que del poder de los turcos escaparon: sólo truje conmigo a un hombre y a una mujer, españoles, que por su gusto quisieron venir a ver la grandeza vuestra: aquella nave es de las que vienen de la India de Portugal, la cual por tormenta vino a dar en poder de los turcos, que con poco trabajo, por mejor decir sin ninguno, la rindieron, y según dijeron algunos portugueses de los que en ella venían, pasa de un millón de oro el valor de la especería y otras mercancías de perlas y diamantes que en ella vienen: a ninguna cosa se ha tocado, ni los turcos habían llegado a ella: porque todo lo dedicó el cielo, y lo mandé guardar para Vuestra Majestad, que con una joya sola que se me dé, quedaré en deuda de otras diez naves; la cual joya ya Vuestra Majestad me la tiene prometida, que es a mi buena Isabela: con ella quedaré rico y premiado, no sólo deste servicio, cual él sea, que a Vuestra Majestad he hecho, sino de otros muchos que pienso hacer por pagar alguna parte del todo casi infinito que en esta joya Vuestra Majestad me ofrece.» «Levantaos, Ricaredo, respondió la reina, y creedme que si por precio os hubiera de dar a Isabela, según yo la estimo, no la pudiéades pagar ni con lo que trae esa nave, ni con lo que queda en las Indias: dóyosla porque os la prometí, y porque ella es digna de vos, y vos lo sois della: vuestro valor solo la merece; si vos habéis guardado las joyas de la nave para mí, yo os he guardado la joya vuestra para vos; y aunque os parezca que no hago mucho en volveros lo que es vuestro, yo sé que os hago mucha merced en ello; que las prendas que se compran a deseos y tienen su estimación en el alma del comprador, aquello valen que vale una alma, que no hay precio en la tierra con que aprecialla: Isabela es vuestra, veisla allí; cuando quisiéredes podéis tomar su entera posesión, y creo será con su gusto, porque es discreta, y sabrá ponderar la amistad que le hacéis, que no la quiero llamar merced, sino amistad; porque me quiero alzar con el nombre de que yo sola puedo hacerle mercedes: idos a descansar, y venidme a ver mañana, que quiero más particularmente oír vuestras hazañas; y traedme esos dos que decís, que de su voluntad han querido venir a verme, que se lo quiero agradecer.» Besóle las manos Ricaredo por las muchas mercedes que le hacía. Entróse la reina en una sala, y las damas rodea-



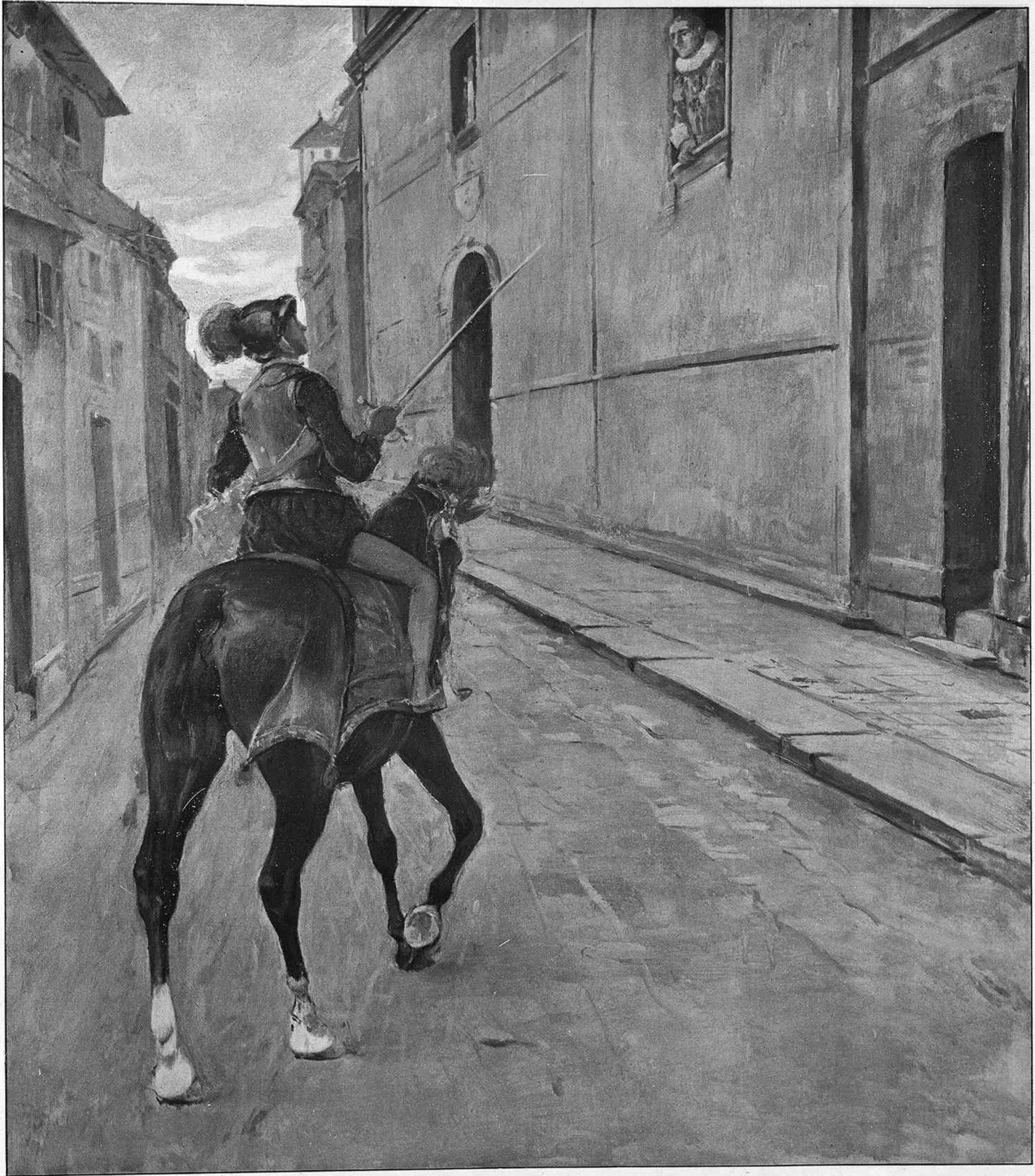
Mas y Fondevila, dibujo

PREGUNTÁNDOLES RICAREDO EN ESPAÑOL QUE ¿QUÉ NAVÍO ERA AQUEL? RESPONDIERON QUE ERA UNA NAVE QUE VENÍA DE LA INDIA DE PORTUGAL, CARGADA DE ESPECERÍA, Y CON TANTAS PERLAS Y DIAMANTES, QUE VALÍA MÁS DE UN MILLÓN DE ORO (pág. 8).

ron a Ricaredo, y una dellas que había tomado grande amistad con Isabela, llamada la señora Tansi, tenida por la más discreta, desenvuelta y graciosa de todas, dijo a Ricaredo: «¿Qué es esto, señor Ricaredo, qué armas son éstas? Pensábadles por ventura que veníades a pelear con vuestros enemigos? Pues en verdad que aquí todas somos vuestras amigas, si no es la señora Isabela, que como española está obligada a no teneros buena voluntad.» «Acuérdese ella, señora Tansi, de tenerme alguna, que como yo esté en su memoria, dijo Ricaredo, yo sé que la voluntad será buena, pues no puede caber en su mucho valor y entendimiento y rara hermosura la fealdad de ser desagradecida.» A lo cual respondió Isabela: «Señor Ricaredo, pues he de ser vuestra, a vos está tomar de mí toda la satisfacción que quisiéredes para recompensaros de las alabanzas que me habéis dado, y de las mercedes que pensáis hacerme.» Estas y otras honestas razones pasó Ricaredo con Isabela y con las damas, entre las cuales había una doncella de pequeña edad, la cual no hizo sino mirar a Ricaredo mientras allí estuvo; alzábale las escarcelas, por ver qué traía debajo dellas, tentábale la espada, y con simplicidad de niña quería que las armas le sirviesen de espejo, llegándose a mirar de muy cerca en ellas; y cuando se hubo ido, volviéndose a las damas, dijo: «Ahora, señoras, yo imagino que debe de ser cosa hermosísima la guerra, pues aun entre mujeres parecen bien los hombres armados.» «¿Y cómo si parecen?» respondió la señora Tansi; si no, mirad a Ricaredo, que no parece sino que el sol se ha bajado a la tierra, y en aquel hábito va caminando por la calle.» Rieron todas del dicho de la doncella y de la disparatada semejanza de Tansi; y no faltaron murmuradores que tuvieron por impertinencia el haber venido armado Ricaredo a palacio, puesto que halló disculpa en otros, que dijeron que como soldado lo pudo hacer para mostrar su gallarda bizarría. Fué Ricaredo de sus padres, amigos, parientes y conocidos con muestras de entrañable amor recibido. Aquella noche se hicieron generales alegrías en Londres por su buen suceso. Ya los padres de Isabela estaban en casa de Clotaldo, a quien Ricaredo había dicho quién eran; pero que no les diesen nueva ninguna de Isabela hasta que él mismo se la diese. Este aviso tuvo la señora Catalina, su madre, y todos los criados y criadas de la casa. Aquella misma noche, con muchos bajeles, lanchas y barcos, y con no menos ojos que lo miraban, se comenzó a descargar la gran nave, que en ocho días no acabó de dar la mucha pimienta y otras riquísimas mercaderías que en su vientre encerradas tenía.

El día que siguió a esta noche fué Ricaredo a palacio, llevando consigo al padre y madre de Isabela, vestidos de nuevo a la inglesa, diciéndoles que la reina quería verlos. Llegando todos donde la reina estaba en medio de sus damas, esperando a Ricaredo, a quien quiso lisonjear y favorecer con tener junto a sí a Isabela, vestida con aquel mismo vestido que llevó la vez primera, mostrándose no menos hermosa ahora que entonces. Los padres de Isabela quedaron admirados y suspensos de ver tanta grandeza y bizarría junta. Pusieron los ojos en Isabela, y no la conocieron, aunque el corazón, présago del bien que tan cerca tenían, les comenzó a saltar en el pecho, no con sobresalto que les entristeciese, sino con un no sé qué de gusto, que ellos no acertaban a entendelle. No consintió la reina que Ricaredo estuviese de rodillas ante ella: antes le hizo levantar y sentar en una silla rasa, que para sólo esto allí puesta tenía, inusitada merced para la altiva condición de la reina, y alguno dijo a otro: «Ricaredo no se sienta hoy sobre la silla que le han dado, sino sobre la pimienta que él trujo.» Otro acudió, y dijo: «Ahora se verifica lo que comúnmente se dice, que dádivas quebrantan peñas; pues las que ha traído Ricaredo han ablandado el duro cora-

zón de nuestra reina.» Otro acudió, y dijo: «Ahora que está tan bien ensillado, más de dos se atreverán a correrle.» En efecto, de aquella nueva honra que la reina hizo a Ricaredo, tomó ocasión la envidia para nacer en muchos pechos de aquellos que mirándole estaban; porque no hay merced que el príncipe haga a su privado, que no sea una lanza que atraviese el corazón del envidioso. Quiso la reina saber de Ricaredo menudamente cómo había pasado la batalla con los bajeles de los corsarios: él la contó de nuevo, atribuyendo la vitoria a Dios y a los brazos valerosos de sus soldados, encareciéndoles a todos juntos, y particularizando algunos hechos de algunos que más que los otros se habían señalado, con que obligó a la reina a hacer a todos merced, y en particular a los particulares; y cuando llegó a decir la libertad que en nombre de Su Majestad había dado a los turcos y cristianos, dijo: «Aquella mujer y aquel hombre que allí están (señalando a los padres de Isabela) son los que dije ayer a Vuestra Majestad, que con deseo de ver vuestra grandeza, encarecidamente me pidieron los trujese conmigo: ellos son de Cádiz, y de lo que ellos me han contado, y de lo que en ellos he visto y notado, sé que son gente principal y de valor.» Mandóles la reina que se llegasen cerca: alzó los ojos Isabela a mirar los que decían ser españoles, y más de Cádiz, con deseo de saber si por ventura conocían a sus padres. Así como Isabela alzó los ojos, los puso en ella su madre y detuvo el paso para mirarla más atentamente, y en la memoria de Isabela se comenzaron a despertar unas confusas noticias, que le querían dar a entender que en otro tiempo ella había visto aquella mujer que delante tenía. Su padre estaba en la misma confusión, sin osar determinarse a dar crédito a la verdad que sus ojos le mostraban. Ricaredo estaba atentísimo a ver los afectos y movimientos que hacían las tres dudosas y perplejas almas, que tan confusas estaban entre el sí y el no de conocerse. Conoció la reina la suspensión de entrambos, y aun el desasosiego de Isabela, porque la vió trasudar, y levantar la mano muchas veces a componerse el cabello. En esto deseaba Isabela que hablase la que pensaba ser su madre: quizá los oídos la sacarían de la duda en que sus ojos la habían puesto. La reina dijo a Isabela que en lengua española dijese a aquella mujer y a aquel hombre le dijese qué causa les había movido a no querer gozar de la libertad que Ricaredo les había dado, siendo la libertad la cosa más amada, no sólo de la gente de razón, más aun de los animales que carecen della. Todo esto preguntó Isabela a su madre, la cual sin responderle palabra, desatentadamente y medio tropezando se llegó a Isabela, y sin mirar a respeto, temores ni miramientos cortesanos, alzó la mano a la oreja derecha de Isabela, y descubrió un lunar negro que allí tenía, la cual señal acabó de certificar su sospecha; y viendo claramente ser Isabela su hija, abrazándose con ella dió una gran voz, diciendo: «¡Oh hija de mi corazón! ¡Oh prenda cara del alma mía!» y sin poder pasar adelante, se cayó desmayada en los brazos de Isabela. Su padre, no menos tierno que prudente, dió muestras de su sentimiento, no con otras palabras que con derramar lágrimas, que sesgamente su venerable rostro y barbas le bañaron. Juntó Isabela su rostro con el de su madre, y volviendo los ojos a su padre, de tal manera le miró, que le dió a entender el gusto y el descontento que de verlos allí su alma tenía. La reina, admirada de tal suceso, dijo a Ricaredo: «Yo pienso, Ricaredo, que con vuestra discreción se han ordenado estas vistas, y no sé si os diga que han sido acertadas, pues sabemos que así suele matar una súbita alegría como mata una tristeza»; y diciendo esto, se volvió a Isabela, y la apartó de su madre, la cual, habiéndole echado agua en el rostro, volvió en sí, y estando un poco más en su acuerdo, puesta de rodillas delante de la reina, le dijo: «Perdone Vuestra Majestad



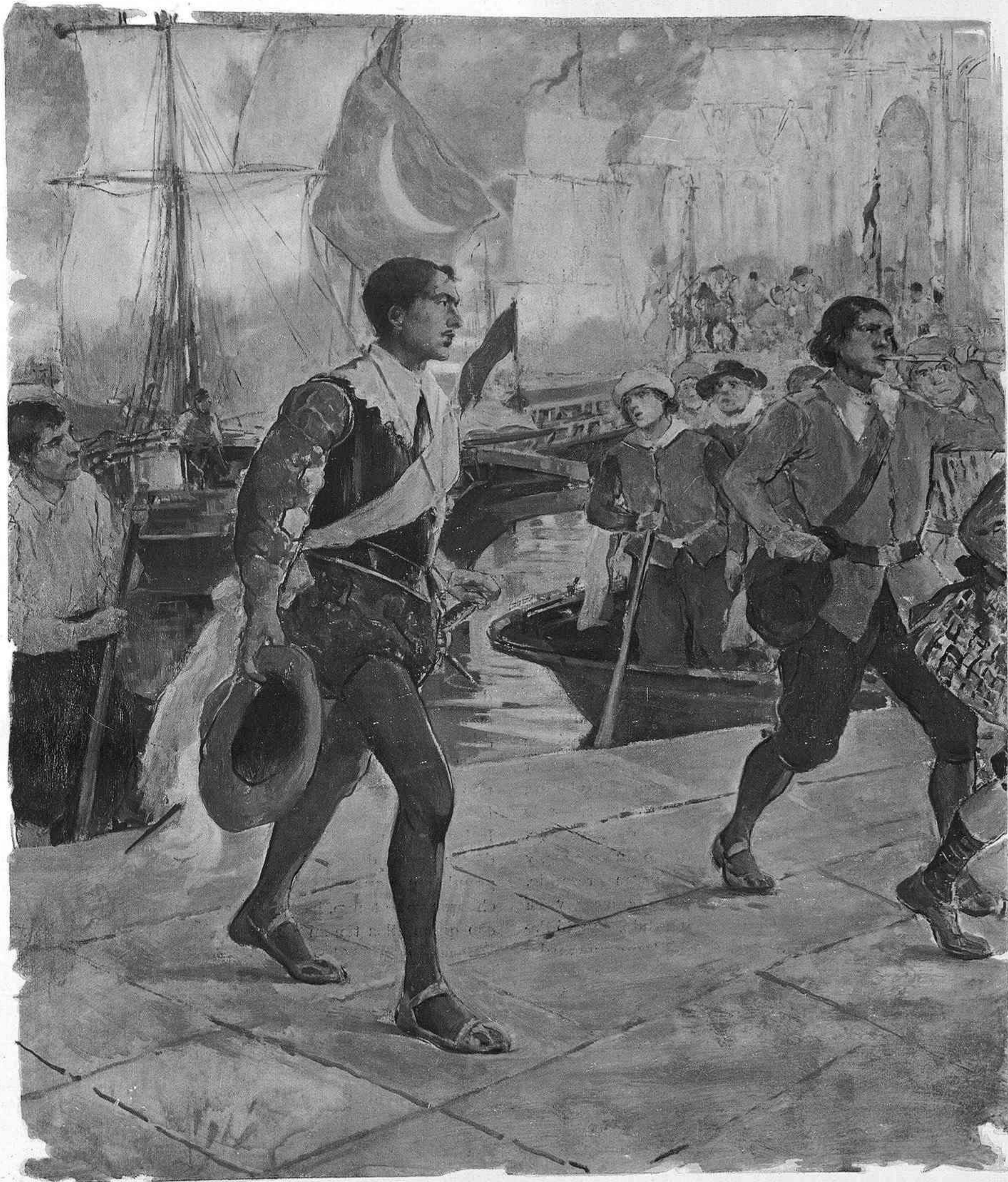
Mas y Fondevila, dibujo

Y EN RAZÓN DE QUE NO LA MERECE, SI QUIERES CONTRADECIRME, TE DESAFÍO A TODO TRANCE DE MUERTE (pág. 14).

mi atrevimiento, que no es mucho perder los sentidos con la alegría del hallazgo desta amada prenda.» Respondióle la reina que tenía razón, sirviéndole de intérprete, para que lo entendiese, Isabela, la cual de la manera que se ha contado conoció a sus padres, y sus padres a ella, a los cuales mandó la reina quedar en palacio, para que despacio pudiesen ver y hablar a su hija, y regocijarse con ella; de lo cual Ricaredo se holgó mucho, y de nuevo pidió a la reina le cumpliera la palabra que le había dado de dársela, si es que acaso la merecía; y de no merecerla, le suplicaba desde luego le mandase ocupar en cosas que le hiciesen digno de alcanzar lo que deseaba. Bien entendió la reina que estaba Ricaredo satisfecho de sí mismo y de su mucho valor, que no había necesidad de nuevas pruebas para calificarle; y así le dijo que de allí a cuatro días le entregaría a Isabela, haciendo a los dos la honra que a ella fuese posible. Con esto se despidió Ricaredo contentísimo con la esperanza propincua que llevaba de tener en su poder a Isabela, sin sobresalto de perderla, que es el último deseo de los amantes. Corrió el tiempo, y no con la ligereza que él quisiera; que los que viven con esperanzas de promesas venideras, siempre imaginan que no vuela el tiempo, sino que anda sobre los pies de la pereza misma. Pero en fin llegó el día, no donde pensó Ricaredo poner fin a sus deseos, sino de hallar en Isabela gracias nuevas que le moviesen a quererla más si más pudiese. Mas en aquel breve tiempo, donde él pensaba que la nave de su buena fortuna corría con próspero viento hacia el deseado puerto, la contraria suerte levantó en su mar tal tormenta, que mil veces temió anegarse.

Es pues el caso que la camarera mayor de la reina, a cuyo cargo estaba Isabela, tenía un hijo de edad de veinte y dos años, llamado el conde Arnesto. Hacíanle la grandeza de su estado, la alteza de su sangre, el mucho favor que su madre con la reina tenía; hacíanle, digo, estas cosas más de lo justo arrogante, altivo y confiado. Este Arnesto pues se enamoró de Isabela tan encendidamente, que en la luz de los ojos de Isabela tenía abrasada el alma; y aunque en el tiempo que Ricaredo había estado ausente, con algunas señales le había descubierto su deseo, nunca de Isabela fué admitido; y puesto que la repugnancia y los desdenes en los principios de los amores suelen hacer desistir de la empresa a los enamorados, en Arnesto obraron lo contrario los muchos y conocidos desdenes que le dió Isabela, porque con sus celos ardía y con su honestidad se abrasaba: y como vió que Ricaredo, según el parecer de la reina, tenía merecida a Isabela, y que en tan poco tiempo se le había de entregar por mujer, quiso desesperarse; pero antes que llegase a tan infame y tan cobarde remedio, habló a su madre, diciéndole pidiese a la reina le diese a Isabela por esposa, donde no, que pensase que la muerte estaba llamando a las puertas de su vida. Quedó la camarera admirada de las razones de su hijo, y como conocía la aspereza de su arrojada condición, y la tenacidad con que se le pegaban los deseos en el alma, temió que sus amores habían de parar en algún infelice suceso. Con todo eso, como madre a quien es natural desear y procurar el bien de sus hijos, prometió al suyo de hablar a la reina, no con esperanza de alcanzar della el imposible de romper su palabra, sino por no dejar de intentar cómo no salir desahuciada de los últimos remedios. Y estando aquella mañana Isabela vestida por orden de la reina tan ricamente, que no se atreve la pluma a contarle, y habiéndole echado la misma reina al cuello una sarta de perlas de las mejores que traía la nave, que las apreciaron en veinte mil ducados, y puéstole un anillo de un diamante, que se apreció en seis mil escudos, y estando alborozadas las damas por la fiesta que esperaban del cercano desposorio, entró la camarera mayor a la reina, y de rodillas

le suplicó suspendiese el desposorio de Isabela por otros dos días, que con esta merced sola que Su Majestad le hiciese, se tendría por satisfecha y pagada de todas las mercedes que por sus servicios merecía y esperaba. Quiso saber la reina primero por qué le pedía con tanto ahinco aquella suspensión, que tan derechamente iba contra la palabra que tenía dada a Ricaredo; pero no se la quiso dar la camarera hasta que le hubo otorgado que haría lo que le pedía: tanto deseo tenía la reina de saber la causa de aquella demanda. Y así después que la camarera alcanzó lo que por entonces deseaba, contó a la reina los amores de su hijo, y cómo temía que si no le daban por mujer a Isabela, o se había de desesperar, o hacer algún hecho escandaloso; y que si había pedido aquellos dos días, era por dar lugar a que Su Majestad pensase qué medio sería a propósito y conveniente para dar a su hijo remedio. La reina respondió que si su real palabra no estuviera de por medio, que ella hallara salida a tan cerrado laberinto, pero que no la quebrantaría ni defraudaría las esperanzas de Ricaredo por todo el interés del mundo. Esta respuesta dió la camarera a su hijo, el cual sin detenerse un punto, ardiendo en amor y en celos, se armó de todas armas, y sobre un fuerte y hermoso caballo se presentó ante la casa de Clotaldo, y a grandes voces pidió que se asomase Ricaredo a la ventana, el cual a aquella sazón estaba vestido de galas de desposado, y a punto para ir a palacio con el acompañamiento que tal acto requería; mas habiendo oído las voces, y siéndole dicho quién las daba, y del modo que venía, con algún sobresalto se asomó a una ventana, y como le vió Arnesto, dijo: «Ricaredo, estáme atento a lo que decirte quiero; la reina mi señora te mandó fueses a servirla, y a hacer hazañas que te hiciesen merecedor de la sin par Isabela: tú fuiste, y volviste cargadas las naves de oro, con el cual piensas haber comprado y merecido a Isabela; y aunque la reina mi señora te la ha prometido, ha sido creyendo que no hay ninguno en su corte que mejor que tú la sirva, ni quien con mejor título merezca a Isabela, y en esto bien podrá ser se haya engañado: y así llegándome a esta opinión que yo tengo por verdad averiguada, digo que ni tú has hecho cosas tales que te hagan merecer a Isabela, ni ninguna podrás hacer que a tanto bien te levante; y en razón de que no la mereces, si quisieres contradecirme, te desafío a todo trance de muerte.» Calló el conde, y desta manera le respondió Ricaredo: «En ninguna manera me toca salir a vuestro desafío, señor conde, porque yo confieso, no sólo que no merezco a Isabela, sino que no la merece ninguno de los que hoy viven en el mundo; así que confesando yo lo que vos decís, otra vez digo que no me toca vuestro desafío; pero yo le acepto por el atrevimiento que habéis tenido en desafiarme.» Con esto se quitó de la ventana, y pidió apriesa sus armas. Alborotáronse sus parientes, y todos aquellos que para ir a palacio habían venido a acompañarle. De la mucha gente que había visto al conde Arnesto armado, y le había oído las voces del desafío, no faltó quien lo fué a contar a la reina, la cual mandó al capitán de su guarda que fuese a prender al conde. El capitán se dió tanta prisa, que llegó a tiempo que ya Ricaredo salía de su casa, armado con las armas con que se había desembarcado, puesto sobre un hermoso caballo. Cuando el conde vió al capitán, luego imaginó a lo que venía, y determinó de no dejar prenderse, y alzando la voz contra Ricaredo, dijo: «Ya ves, Ricaredo, el impedimento que nos viene; si tuvieses ganas de castigarme, tú me buscarás; y por la que yo tengo de castigarte, también te buscaré; y pues dos que se buscan fácilmente se hallan, dejemos para entonces la ejecución de nuestros deseos.» «Soy contento», respondió Ricaredo. En esto llegó el capitán con toda su guarda, y dijo al conde que fuese preso en nombre de Su Majestad. Respondió el conde que sí quedaba; pero no para



Mas y Fondevila, dibujó

NO QUISO RICAREDO ENTRAR EN EL PUERTO CON MUESTRAS DE ALEGRÍA, POR LA MUERTE DE SU GENERAL, Y ASÍ MEZCLÓ LAS SEÑALES ALEGRES CON LAS TRISTES: UNAS VECES SONABAN CLARINES REGOCIJADOS, OTRAS TROMPETAS RONCAS (pág. 10).

que lo llevasen a otra parte que a la presencia de la reina. Contentóse con esto el capitán, y cogiéndole en medio de la guarda le llevó a palacio ante la reina, la cual ya de su camarera estaba informada del amor grande que su hijo tenía a Isabela, y con lágrimas había suplicado a la reina perdonase al conde, que como mozo y enamorado a mayores yerros estaba sujeto. Llegó Arnesto ante la reina, la cual sin entrar con él en razones, le mandó quitar la espada, y llevar preso a una torre. Todas estas cosas atormentaban el corazón de Isabela y de sus padres, que tan presto veían turbado el mar de su sosiego. Aconsejó la camarera a la reina que para sosegar el mal que podía suceder entre su parentela y la de Ricaredo, que se quitase la causa de por medio, que era Isabela, enviándola a España, y así cesarían los efectos que debían de temerse: añadiendo a estas razones decir que Isabela era católica, y tan cristiana que ninguna de sus persuasiones, que habían sido muchas, la habían podido torcer en nada de su católico intento. A lo cual respondió la reina que por eso la estimaba en más, pues tan bien sabía guardar la ley que sus padres la habían enseñado, y que en lo de enviarla a España no tratase, porque su hermosa presencia y sus muchas gracias y virtudes le daban mucho gusto, y que sin duda, si no aquel día, otro se la había de dar por esposa a Ricaredo, como se lo tenía prometido. Con esta resolución de la reina quedó la camarera tan desconsolada, que no le replicó palabra, y pareciéndole lo que ya le había parecido, que si no era quitando a Isabela de por medio, no había de haber medio alguno que la rigurosa condición de su hijo ablandase ni redujese a tener paz con Ricaredo, determinó de hacer una de las mayores crueldades que pudo caber jamás en pensamiento de mujer principal, y tanto como ella lo era; y fué su determinación matar con tósigo a Isabela: y como por la mayor parte sea la condición de las mujeres ser prestas y determinadas, aquella misma tarde atosigó a Isabela en una conserva que le dió, forzándola que la tomase por ser buena, contra las ansias de corazón que sentía. Poco espacio pasó después de haberla tomado, cuando a Isabela se le comenzó a hinchar la lengua y la garganta, y a ponersele denegridos los labios, y a enronquecersele la voz, turbársele los ojos y apretársele el pecho: todas conocidas señales de haberle dado veneno. Acudieron las damas a la reina, contándole lo que pasaba, y certificando que la camarera había hecho aquel mal recaudo. No fué menester mucho para que la reina lo creyese, y así fué a ver a Isabela, que ya casi estaba expirando. Mandó llamar la reina con priesa a sus médicos, y en tanto que tardaban, la hizo dar cantidad de polvos de unicornio, con otros muchos antídotos que los grandes príncipes suelen tener prevenidos para semejantes necesidades. Vinieron los médicos, y esforzaron los remedios, y pidieron a la reina hiciese decir a la camarera qué género de veneno le había dado; porque no se dudaba que otra persona alguna sino ella la hubiese envenenado. Ella lo desconfió, y con esta noticia los médicos aplicaron tantos remedios y tan eficaces, que con ellos y con el ayuda de Dios quedó Isabela con vida, o a lo menos con esperanza de tenerla. Mandó la reina prender a su camarera, y encerrarla en un aposento estrecho de palacio, con intención de castigarla como su delito merecía, puesto que ella se disculpaba diciendo que en matar a Isabela hacía sacrificio al cielo, quitando de la tierra a una católica, y con ella la ocasión de las pependencias de su hijo. Estas tristes nuevas oídas de Ricaredo, le pusieron en términos de perder el juicio: tales eran las cosas que hacía y las lastimeras razones con que se quejaba. Finalmente, Isabela no perdió la vida, que el quedar con ella la naturaleza lo conmutó en dejarla sin cejas, pestañas y sin cabello, el rostro hinchado, la tez perdida, los cueros levantados y los ojos lagrimosos. Finalmente que-

dó tan fea, que como hasta allí había parecido un milagro de hermosura, entonces parecía un monstruo de fealdad. Por mayor desgracia tenían los que la conocían haber quedado de aquella manera, que si la hubiera muerto el veneno. Con todo esto, Ricaredo se la pidió a la reina, y le suplicó se la dejase llevar a su casa, porque el amor que la tenía pasaba del cuerpo al alma, y que si Isabela había perdido su belleza, no podía haber perdido sus infinitas virtudes. «Así es, dijo la reina, lleváosla, Ricaredo, y haced cuenta que lleváis una riquísima joya encerrada en una caja de madera tosca. Dios sabe si quisiera dárosela como me la entregastes, pero pues no es posible, perdonadme; quizá el castigo que diere a la cometidora de tal delito satisfará en algo el deseo de la venganza.» Muchas cosas dijo Ricaredo a la reina disculpando a la camarera, y suplicándola la perdonase, pues las disculpas que daba eran bastantes para perdonar mayores insultos. Finalmente, le entregaron a Isabela y a sus padres, y Ricaredo los llevó a su casa, digo, a la de sus padres: a las ricas perlas y al diamante añadió otras joyas la reina y otros vestidos tales, que descubrieron el mucho amor que a Isabela tenía, la cual duró dos meses en su fealdad, sin dar indicio alguno de poder reducirse a su primera hermosura; pero al cabo deste tiempo comenzó a caerle el cuero, y a descubrirsele su hermosa tez.

En este tiempo los padres de Ricaredo, pareciéndoles no ser posible que Isabela en sí volviese, determinaron enviar por la doncella de Escocia, con quien primero que con Isabela tenían concertado de casar a Ricaredo, y esto sin que él lo supiese, no dudando que la hermosura presente de la nueva esposa hiciese olvidar a su hijo la ya pasada de Isabela: a la cual pensaban enviar a España con sus padres, dándoles tanto haber y riquezas que recompensasen sus pasadas pérdidas. No pasó mes y medio, cuando sin sabiduría de Ricaredo la nueva esposa se le entró por las puertas, acompañada como quien ella era, y tan hermosa que después de la Isabela, que solía ser, no había otra tan bella en todo Londres. Sobresaltóse Ricaredo con la improvisa vista de la doncella, y temió que el sobresalto de su venida había de acabar la vida a Isabela; y así para templar este temor se fué al lecho donde Isabela estaba, y hallóla en compañía de sus padres, delante de los cuales dijo: «Isabela de mi alma, mis padres con el grande amor que me tienen, aun no bien enterados del mucho que yo te tengo, han traído a casa una doncella escocesa, con quien ellos tenían concertado de casarme antes que yo conociese lo que vales; y esto a lo que creo con intención que la mucha belleza desta doncella borre de mi alma la tuya, que en ella estampada tengo: yo, Isabela, desde el punto que te quise, fué con otro amor de aquel que tiene su fin y paradero en el cumplimiento del sensual apetito; que puesto que tu corporal hermosura me cautivó los sentidos, tus infinitas virtudes me aprisionaron el alma, de manera que si hermosa te quise, fea te adoro, y para confirmar esta verdad, dame esa mano»; y dándole ella la derecha y asiéndola él con la suya, prosiguió diciendo: «Por la fe católica que mis cristianos padres me enseñaron, la cual si no está en la entereza que se requiere, por aquélla juro que guarda el Pontífice romano, que es la que yo en mi corazón confieso, creo y tengo; y por el verdadero Dios que nos está oyendo, te prometo (¡oh Isabela, mitad de mi alma!) de ser tu esposo, y lo soy desde luego, si tú quieres levantarme a la alteza de ser tuyo.» Quedó suspensa Isabela con las razones de Ricaredo, y sus padres atónitos y pasmados. Ella no supo qué decir ni hacer otra cosa que besar muchas veces la mano de Ricaredo, y decirle con voz mezclada con lágrimas, que ella le aceptaba por suyo y se entregaba por su esclava. Besóla Ricaredo en el rostro feo, no habiendo tenido jamás atrevimiento de llegarse a él



Mas y Fondevila, dibujó

SE FUÉ AL LECHO DONDE ISABELA ESTABA Y HALLÓLA EN COMPAÑÍA DE SUS PADRES (pág. 16).

cuando hermoso: los padres de Isabela solemnizaron con tiernas y muchas lágrimas las fiestas del desposorio: Ricaredo les dijo que él dilataría el casamiento de la escocesa que ya estaba en casa, del modo que después verían, y cuando su padre los quisiese enviar a España a todos tres, no lo rehusasen, sino que se fuesen y le aguardasen en Cádiz o en Sevilla dos años, dentro de los cuales les daba su palabra de ser con ellos, si el cielo tanto tiempo le concedía de vida, y que si deste término pasase, tuviesen por cosa certísima que algún grande impedimento, o la muerte, que era lo más cierto, se había opuesto a su camino. Isabela le respondió que no solos dos años le aguardaría, sino todos aquellos de su vida hasta estar enterada que él no la tenía; porque en el punto que esto supiese, sería el mismo de su muerte. Con estas tiernas palabras se renovaron las lágrimas en todos, y Ricaredo salió a decir a sus padres cómo en ninguna manera no se casaría, ni daría la mano a su esposa la escocesa, sin haber primero ido a Roma a asegurar su conciencia. Tales razones supo decir a ellos, y a los parientes que habían venido con Clisterna, que así se llamaba la escocesa, que como todos eran católicos fácilmente las creyeron; y Clisterna se contentó de quedar en casa de su suegro hasta que Ricaredo volviese, el cual pidió de término un año. Esto así puesto y concertado, Clotaldo dijo a Ricaredo cómo determinaba enviar a España a Isabela y a sus padres, si la reina les daba licencia. Quizá los aires de la patria apresurarían y facilitarían la salud que ya comenzaba a tener. Ricaredo, por no dar indicio de sus designios, respondió tibiamente a su padre que hiciese lo que mejor le pareciese; sólo le suplicó que no quitase a Isabela ninguna cosa de las riquezas que la reina le había dado. Prometiéndolo Clotaldo, y aquel mismo día fué a pedir licencia a la reina, así para casar a su hijo con Clisterna, como para enviar a Isabela y a sus padres a España. De todo se contentó la reina, y tuvo por acertada la determinación de Clotaldo: y aquel mismo día sin acuerdo de letrados y sin poner a su camarera en tela de juicio, la condenó en que no sirviese más su oficio, y en diez mil escudos de oro para Isabela; y al conde Arnesto por el desafío le desterró por seis años de Inglaterra. No pasaron cuatro días, cuando ya Arnesto se puso a punto de salir a cumplir su destierro, y los dineros estuvieron juntos. La reina llamó a un mercader rico que habitaba en Londres, y era francés, el cual tenía correspondencia en Francia, Italia y España, al cual entregó los diez mil escudos y le pidió cédula para que se los entregasen al padre de Isabela en Sevilla o en otra plaza de España. El mercader, descontados sus intereses y ganancias, dijo a la reina que las daría ciertas y seguras para Sevilla sobre otro mercader francés, su correspondiente, en esta forma: que él escribiría a París, para que allí se hiciesen las cédulas por otro correspondiente suyo, a causa que rezasen las fechas de Francia, y no de Inglaterra, por el contrabando de la comunicación de los dos reinos, y que bastaba llevar una letra de aviso suya sin fecha con sus contraseñas, para que luego diese el dinero el mercader de Sevilla, que ya estaría avisado del de París. En resolución la reina tomó tales seguridades del mercader, que no dudó de ser cierta la paga; y no contenta con esto, mandó llamar a un patrón de una nave flamenca, que estaba para partirse otro día a Francia a solo tomar en algún puerto della testimonio para poder entrar en España a título de partir de Francia, y no de Inglaterra, al cual pidió encarecidamente llevase en su nave a Isabela y a sus padres, y con toda seguridad y buen tratamiento los pusiese en un puerto de España, el primero a do llegase. El patrón, que deseaba contentar a la reina, dijo que sí haría, y que los pondría en Lisboa, Cádiz o Sevilla. Tomados pues los recaudos del mercader, envió la reina a decir a Clotaldo no quitase a Isabela todo lo que

ella le había dado, así de joyas como de vestidos. Otro día vinieron Isabela y sus padres a despedirse de la reina, que los recibió con mucho amor. Dióles la reina la carta del mercader, y otras muchas dádivas, así de dineros como de otras cosas de regalo para el viaje. Con tales razones se lo agradeció Isabela, que de nuevo dejó obligada a la reina para hacerle siempre mercedes: despidióse de las damas, las cuales como ya estaba fea, no quisieran que se partiese, viéndose libres de la envidia que a su hermosura tenían y contentas de gozar de sus gracias y discreciones. Abrazó la reina a los tres, y encomendándolos a la buena ventura y al patrón de la nave, y pidiendo a Isabela la avisase de su buena llegada a España, y siempre de su salud por la vía del mercader francés, se despició de Isabela y de sus padres, los cuales aquella misma tarde se embarcaron, no sin lágrimas de Clotaldo y de su mujer, y de todos los de su casa, de quien era en todo extremo bien querida. No se halló a esta despedida presente Ricaredo, que por no dar muestras de tiernos sentimientos aquel día hizo que unos amigos suyos le llevasen a caza. Los regalos que la señora Catalina dió a Isabela para el viaje fueron muchos, los abrazos infinitos, las lágrimas en abundancia, las encomiendas de que la escribiese sin número, y los agradecimientos de Isabela y de sus padres correspondieron a todo; de suerte que, aunque llorando, los dejaron satisfechos.

Aquella noche se hizo el bajel a la vela, y habiendo con próspero viento tocado en Francia, y tomado en ella los recaudos necesarios para poder entrar en España, de allí a treinta días entró por la barra de Cádiz, donde desembarcaron Isabela y sus padres, y siendo conocidos de todos los de la ciudad, los recibieron con muestras de mucho contento. Recibieron mil parabienes del hallazgo de Isabela, y de la libertad que habían alcanzado así de los moros que los habían cautivado (habiendo sabido todo su suceso de los cautivos a que dió libertad la liberalidad de Ricaredo), como de la que habían alcanzado de los ingleses. Ya Isabela en este tiempo comenzaba a dar grandes esperanzas de volver a cobrar su primera hermosura. Poco más de un mes estuvieron en Cádiz, restaurando los trabajos de la navegación, y luego se fueron a Sevilla por ver si salía cierta la paga de los diez mil escudos, que librados sobre el mercader francés traían. Dos días después de llegar a Sevilla le buscaron, y le hallaron, y le dieron la carta del mercader francés de la ciudad de Londres: él la reconoció, y dijo que hasta que de París le viniesen las letras y carta aviso, no podía dar el dinero; pero que por momentos aguardaba el aviso. Los padres de Isabela alquilaron una casa principal frontero de Santa Paula, por ocasión que estaba monja en aquel santo monasterio una sobrina suya, única y extremada en la voz; y así por tenerlas cerca, como por haber dicho Isabela a Ricaredo que si viniese a buscarla la hallaría en Sevilla, y le diría su casa su prima la monja de Santa Paula, y que para conocella no había menester más de preguntar por la monja que tenía la mejor voz en el monasterio, porque estas señas no se le podían olvidar. Otros cuarenta días tardaron de venir los avisos de París; y a dos que llegaron el mercader francés entregó los diez mil escudos a Isabela, y ella a sus padres, y con ellos, y con algunos más que hicieron vendiendo algunas de las muchas joyas de Isabela, volvió su padre a ejercitar su oficio de mercader, no sin admiración de los que sabían sus grandes pérdidas. En fin, en pocos meses fué restaurando su perdido crédito, y la belleza de Isabela volvió a su ser primero, de tal manera que en hablando de hermosas, todos daban el lauro a la Española inglesa, que tanto por este nombre, como por su hermosura, era de toda la ciudad conocida. Por la orden del mercader francés de Sevilla escribieron Isabela y sus padres a la reina de Inglaterra su llegada, con los agradecimientos y



Mas y Fondevila, dibujó

POCAS O NINGUNA VEZ SALÍA DE SU CASA SINO PARA EL MONASTERIO (pág. 20).

sumisiones que requerían las muchas mercedes della recibidas: asimismo escribieron a Clotaldo y a su señora Catalina, llamándolos Isabela padres, y sus padres señores. De la reina no tuvieron respuesta; pero de Clotaldo y de su mujer sí, donde les daban el parabién de la llegada a salvo, y los avisaban cómo su hijo Ricaredo otro día después que ellos se hicieron a la vela se había partido a Francia, y de allí a otras partes, donde le convenía ir para seguridad de su conciencia, añadiendo a éstas otras razones y cosas de mucho amor y de muchos ofrecimientos. A la cual carta respondieron con otra no menos cortés y amorosa que agradecida. Luego imaginó Isabela que el haber dejado Ricaredo a Inglaterra, sería para venirla a buscar a España; y alentada con esta esperanza vivía la más contenta del mundo, y procuraba vivir de manera que cuando Ricaredo llegase a Sevilla, antes le diese en los oídos la fama de sus virtudes, que el conocimiento de su casa. Pocas o ninguna vez salía de su casa sino para el monasterio: no ganaba otros jubileos que aquellos que en el monasterio se ganaban. Desde su casa y desde su oratorio andaba con el pensamiento los viernes de cuaresma la santísima estación de la cruz, y los siete venideros del Espíritu Santo: jamás visitó el río, ni pasó a Triana, ni vió el común regocijo en el campo de Tablada y puerta de Jerez el día, si le hace claro, de San Sebastián, celebrado de tanta gente que apenas se puede reducir a número: finalmente, no vió regocijo público, ni otra fiesta en Sevilla: todo lo libraba en su recogimiento, y en sus oraciones y buenos deseos, esperando a Ricaredo. Este su grande retrainimiento tenía abrasados y encendidos los deseos, no sólo de los pisaverdes del barrio, sino de todos aquellos que una vez la hubiesen visto: de aquí nacieron músicas de noche en su calle, y carreras de día. Deste no dejar verse y desearlo muchos, crecieron las alhajas de las terceras, que prometieron mostrarse primas y únicas en solicitar a Isabela, y no faltó quien se quiso aprovechar de lo que llaman hechizos, que no son sino embustes y disparates; pero a todo esto estaba Isabela como roca en mitad de la mar, que la tocan, pero no la mueven las olas ni los vientos. Año y medio era ya pasado, cuando la esperanza propincua de los dos años por Ricaredo prometidos, comenzó con más ahinco que hasta allí a fatigar el corazón de Isabela; y cuando ya le parecía que su esposo llegaba, y que le tenía ante los ojos, y le preguntaba qué impedimentos le habían detenido tanto; cuando ya llegaban a sus oídos las disculpas de su esposo, y cuando ya ella le perdonaba y le abrazaba, y como a mitad de su alma le recibía, llegó a sus manos una carta de la señora Catalina, fecha en Londres cincuenta días había: venía en lengua inglesa; pero leyéndola en español, vió que así decía:

«Hija de mi alma: Bien conociste a Guillarte el paje de Ricaredo: éste se fué con él al viaje, que por otra te avisé que Ricaredo a Francia y a otras partes había hecho el segundo día de tu partida; pues este mismo Guillarte, a cabo de diez y seis meses que no habíamos sabido de mi hijo, entró ayer por nuestra puerta con nuevas que el conde Arnesto había muerto a traición en Francia a Ricaredo. Considera, hija, cuál quedaríamos su padre y yo, y su esposa con tales nuevas: tales digo, que aun no nos dejaron poner en duda nuestra desventura. Lo que Clotaldo y yo te rogamos otra vez, hija de mi alma, es que encomiendes muy de veras a Dios la de Ricaredo, que bien merece este beneficio el que tanto te quiso como tú sabes: también pedirás a Nuestro Señor nos dé a nosotros paciencia y buena muerte, a quien nosotros también pediremos y suplicaremos te dé a ti y a tus padres largos años de vida.»

Por la letra y por la firma no le quedó que dudar a Isabela para no creer la muerte de su esposo: conocía muy bien al

paje Guillarte, y sabía que era verdadero, y que de suyo no habría querido ni tenía para qué fingir aquella muerte, ni menos su madre la señora Catalina la habría fingido, por no importarle nada enviarle nuevas de tanta tristeza: finalmente, ningún discurso que hizo, ninguna cosa que imaginó le pudo quitar del pensamiento no ser verdadera la nueva de su desventura. Acabada de leer la carta, sin derramar lágrimas, ni dar señales de doloroso sentimiento, con sesgo rostro y al parecer con sosegado pecho se levantó de un estrado donde estaba sentada, y se entró en un oratorio, y hincándose de rodillas ante la imagen de un devoto crucifijo, hizo voto de ser monja, pues lo podía ser teniéndose por viuda. Sus padres disimularon y encubrieron con discreción la pena que les había dado la triste nueva, por poder consolar a Isabela en la amarga que sentía; la cual, casi como satisfecha de su dolor, templándole con la santa y cristiana resolución que había tomado, ella consolaba a sus padres, a los cuales descubrió su intento, y ellos le aconsejaron que no le pusiese en ejecución hasta que pasasen los dos años que Ricaredo había puesto por término a su venida, que con esto se confirmaría la verdad de la muerte de Ricaredo, y ella con más seguridad podía mudar de estado. Así lo hizo Isabela, y los seis meses y medio que quedaban para cumplirse los dos años, los pasó en ejercicios de religiosa, y en concertar la entrada del monasterio, habiendo elegido el de Santa Paula, donde estaba su prima. Pasóse el término de los dos años, y llegóse el día de tomar el hábito, cuya nueva se extendió por la ciudad, y de los que conocían de vista a Isabela, y de aquellos que por sola su fama, se llenó el monasterio y la poca distancia que dél a la casa de Isabela había; y convidando su padre a sus amigos, y aquéllos a otros, hicieron a Isabela uno de los más honrados acompañamientos que en semejantes actos se habían visto en Sevilla. Hallóse en él el asistente, y el provisor de la Iglesia, y vicario del arzobispo, con todas las señoras y señores de título que había en la ciudad: tal era el deseo que en todos había de ver el sol de la hermosura de Isabela, que tantos meses se les había eclipsado: y como es costumbre de las doncellas que van a tomar el hábito ir lo posible galanas y bien compuestas, como quien en aquel punto echa el resto de la bizarría y se descarta della, quiso Isabela ponerse lo más bizarra que fué posible; y así se vistió con aquel vestido mismo que llevó cuando fué a ver a la reina de Inglaterra, que ya se ha dicho cuán rico y cuán vistoso era: salieron a luz las perlas y el famoso diamante, con el collar y cintura, que asimismo era de mucho valor. Con este adorno y con su gallardía, dando ocasión para que todos alabasen a Dios en ella, salió Isabela de su casa a pie, que el estar tan cerca el monasterio excusó los coches y carrozas: el concurso de la gente fué tanto, que les pesó de no haber entrado en los coches, porque no les daban lugar de llegar al monasterio: unos bendecían a sus padres, otros al cielo que de tanta hermosura la había dotado: unos se empinaban por verla; otros, habiéndola visto una vez, corrían adelante por verla otra: y el que más solícito se mostró en esto, y tanto que muchos echaron de ver en ello, fué un hombre vestido en hábito de los que vienen rescatados de cautivos, con una insignia de la Trinidad en el pecho en señal que han sido rescatados por la limosna de sus redentores. Este cautivo pues, al tiempo que ya Isabela tenía un pie dentro de la portería del convento, donde habían salido a recibirla, como es uso, la priora y las monjas con la cruz, a grandes voces dijo: «Deténte, Isabela, deténte, que mientras yo fuere vivo no puedes tú ser religiosa.» A estas voces Isabela y sus padres volvieron los ojos, y vieron que hendiendo por toda la gente hacia ellos venía aquel cautivo, que habiéndosele caído un bonete azul redondo que en la cabeza traía, descubrió una confusa madeja de cabellos de oro



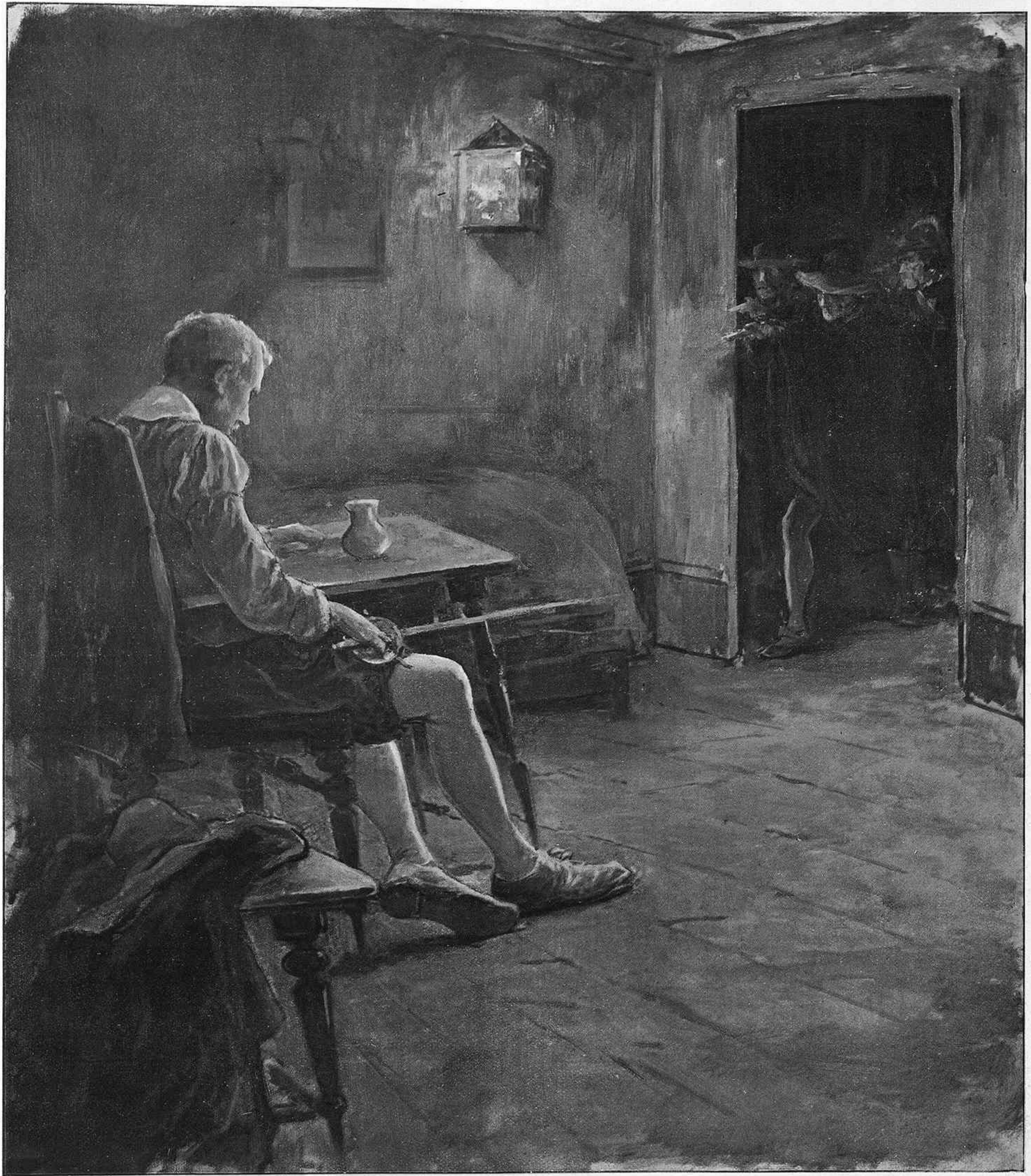
Mas y Fondevila, dibujó

¿CONÓCESME, ISABELA?, MIRA QUE YO SOY RICAREDO, TU ESPOSO (pág. 22).

ensortijados, y un rostro como el carmín y como la nieve colorado y blanco, señales que luego le hicieron conocer y juzgar por extranjero de todos. En efecto, cayendo y levantando llegó donde Isabela estaba, y asiéndola de la mano, le dijo: «¿Conóceme, Isabela? mira que yo soy Ricaredo, tu esposo.» «Sí conozco, dijo Isabela, si ya no eres fantasma que viene a turbar mi reposo.» Sus padres le asieron y atentamente le miraron, y en resolución conocieron ser Ricaredo el cautivo: el cual con lágrimas en los ojos, hincando las rodillas delante de Isabela, le suplicó que no impidiese la extrañeza del traje en que estaba su buen conocimiento, ni estorbare su baja fortuna, que ella no correspondiese a la palabra que entre los dos se habían dado. Isabela, a pesar de la impresión que en su memoria había hecho la carta de la madre de Ricaredo, dándole nuevas de su muerte, quiso dar más crédito a sus ojos y a la verdad que presente tenía; y así abrazándose con el cautivo, le dijo: «Vos sin duda, señor mío, sois aquel que sólo podrá impedir mi cristiana determinación: vos, señor, sois sin duda la mitad de mi alma, pues sois mi verdadero esposo: estampado os tengo en mi memoria, y guardado en mi alma: las nuevas que de vuestra muerte me escribió mi señora y vuestra madre, ya que no me quitaron la vida, me hicieron escoger la de la religión, que en este punto quería entrar a vivir en ella; mas pues Dios con tan justo impedimento muestra querer otra cosa, ni podemos ni conviene que por mi parte se impida: venid, señor, a la casa de mis padres, que es vuestra, y allí os entregaré mi posesión por los términos que pide nuestra santa fe católica.» Todas estas razones oyeron los circunstantes, y el asistente, y vicario, y provisor del arzobispo, y de oír las se admiraron y suspendieron, y quisieron que luego se les dijese qué historia era aquella, qué extranjero aquél, y de qué casamiento trataban. A todo lo cual respondió el padre de Isabela, diciendo que aquella historia pedía otro lugar y algún término para decirse; y así suplicaba a todos aquellos que quisiesen saberla, diesen la vuelta a su casa, pues estaba tan cerca, que allí se la contarían de modo que con la verdad quedasen satisfechos, y con la grandeza y extrañeza de aquel suceso admirados. En esto, uno de los presentes alzó la voz, diciendo: «Señores, este mancebo es un gran corsario inglés, que yo le conozco, y es aquel que habrá poco más de dos años tomó a los corsarios de Argel la nave de Portugal que venía de las Indias: no hay duda sino que es él, que yo le conozco; porque él me dió libertad y dineros para venir a España, y no sólo a mí, sino a otros trescientos cautivos.» Con estas razones se alborotó la gente, y se avivó el deseo que todos tenían de saber y ver la claridad de tan intrincadas cosas. Finalmente, la gente más principal con el asistente y aquellos dos señores eclesiásticos volvieron a acompañar a Isabela a su casa, dejando a las monjas tristes, confusas y llorando por lo que perdían en no tener en su compañía a la hermosa Isabela, la cual estando en su casa, en una gran sala della, hizo que aquellos señores se sentasen; y aunque Ricaredo quiso tomar la mano en contar su historia, todavía le pareció que era mejor fiarlo de la lengua y discreción de Isabela, y no de la suya, que no muy expertamente hablaba la lengua castellana. Callaron todos los presentes, y teniendo las almas pendientes de las razones de Isabela, ella así comenzó su cuento; el cual le reduzco yo a que dijo todo aquello que, desde el día que Clotaldo la robó de Cádiz hasta que entró y volvió a él, le había sucedido, contando asimismo la batalla que Ricaredo había tenido con los turcos; la liberalidad que había usado con los cristianos; la palabra que entrambos a dos se habían dado de ser marido y mujer; la promesa de los dos años; las nuevas que había tenido de su muerte, tan ciertas a su parecer, que la pusieron en el término que habían visto de ser reli-

giosa; engrandeció la liberalidad de la reina; la cristiandad de Ricaredo y de sus padres; y acabó con decir que dijese Ricaredo lo que le había sucedido después que salió de Londres hasta el punto presente, donde le veían con hábito de cautivo, y con una señal de haber sido rescatado por limosna. «Así es, dijo Ricaredo, y en breves razones sumaré los inmensos trabajos míos.

»Después que me partí de Londres por excusar el casamiento que no podía hacer con Clisterna, aquella doncella escocesa católica con quien ha dicho Isabela que mis padres me querían casar, llevando en mi compañía a Guillarte, aquel paje que mi madre escribe que llevó a Londres las nuevas de mi muerte, atravesando por Francia llegué a Roma, donde se alegró mi alma y se fortaleció mi fe: besé los piés al Sumo Pontífice, confesé mis pecados con el mayor penitenciario, absolvióme dellos, y dióme los recaudos necesarios que diesen fe de mi confesión y penitencia, y de la reducción que había hecho a nuestra universal madre la Iglesia. Hecho esto, visité los lugares tan santos como innumerables que hay en aquella ciudad santa, y de dos mil escudos que tenía en oro, di los mil y seiscientos a un cambio, que me los libró en esta ciudad sobre un tal Roqui, florentín; con los cuatrocientos que me quedaron, con intención de venir a España me partí para Génova, donde había tenido nuevas que estaban dos galeras de aquella señoría, de partir para España. Llegué con Guillarte mi criado a un lugar que se llama Aquapendente, que viniendo de Roma a Florencia es el último que tiene el Papa, y en una hostería o posada donde me apeé, hallé al conde Arnesto, mi mortal enemigo, que con cuatro criados disfrazados, y encubierto, más por ser curioso que por ser católico, entendí que iba a Roma; creí sin duda que no me había conocido; encerréme en un aposento con mi criado, y estuve con cuidado y con determinación de mudarme a otra posada en cerrando la noche; no lo hice así, porque el descuido grande que noté que tenía el conde y sus criados, me aseguró que no me habían conocido; cené en mi aposento, cerré la puerta, apercibí mi espada, encomendéme a Dios y no quise acostarme; durmióse mi criado, y yo sobre una silla me quedé medio dormido; mas poco después de la media noche me despertaron para hacerme dormir el eterno sueño cuatro pistoletes que, como después supe, dispararon contra mí el conde y sus criados, y dejándome por muerto, teniendo ya a punto los caballos se fueron, diciendo al huésped de la posada que me enterrase, porque era hombre principal. Mi criado, según dijo después el huésped, despertó al ruido, y con el miedo se arrojó por una ventana que caía a un patio, y diciendo: ¡desventurado de mí, que han muerto a mi señor! se salió del mesón, y debió de ser con tal miedo, que no debió de parar hasta Londres, pues él fué el que llevó las nuevas de mi muerte. Subieron los de la hostería, y halláronme atravesado con cuatro balas, y muchos perdigones; pero todos por partes, que de ninguna fué mortal la herida. Pedí confesión, y todos los sacramentos como católico cristiano; diéronmelos, curáronme, y no estuve para ponerme en camino en dos meses, al cabo de los cuales vine a Génova, donde no hallé otro pasaje, sino en dos falucas que fletamos yo y otros dos principales españoles, la una para que fuese delante descubriendo, y la otra donde nosotros fuésemos; con esta seguridad nos embarcamos, navegando tierra a tierra con intención de no engolfarnos; pero llegando a un paraje que llaman las Tres Marías, que es en la costa de Francia, yendo nuestra primera faluca descubriendo, a deshora salieron de una cala dos galeotas turquescas, y tomándonos la una la mar y la otra la tierra, cuando íbamos a embestir en ella nos cortaron el camino, y nos cautivaron; en entrando en la galeota nos desnudaron hasta dejarnos en carnes; despojaron las falucas



Mas y Fondevila, dibujo

POCO DESPUÉS DE LA MEDIA NOCHE ME DESPERTARON PARA HACERME DORMIR EL ETERNO SUEÑO CUATRO PISTOLETES... (pág. 22).

de cuanto llevaban, y dejáronlas embestir en tierra sin echarlas a fondo, diciendo que aquéllas les servirían otra vez de traer otra galima, que con este nombre llaman ellos a los despojos que de los cristianos toman; bien se me podrá creer, si digo que sentí en el alma mi cautiverio, y sobre todo la pérdida de los recaudos de Roma, donde en una caja de lata los traía, con la cédula de los mil y seiscientos ducados; mas la buena suerte quiso que viniese a manos de un cristiano cautivo español, que los guardó; que si viniera a poder de los turcos, por lo menos había de dar por mi rescate lo que rezaba la cédula, que ellos averiguarían cómo era. Trujéronnos a Argel, donde hallé que estaban rescatando los padres de la Santísima Trinidad; hablélos, díjeles quién era, y movidos de caridad, aunque yo era extranjero, me rescataron en esta forma; que dieron por mí trescientos ducados, los ciento luego, y los doscientos cuando volviese el bajel de la limosna a rescatar al padre de la redención, que se quedaba en Argel empeñado en cuatro mil ducados, que había gastado más de los que traía; porque a toda esta misericordia y liberalidad se extiende la caridad destes padres, que dan su libertad por la ajena, y se quedan cautivos por rescatar los cautivos. Por añadidura del bien de mi libertad hallé la caja perdida, con los recaudos y la cédula; mostréla al bendito padre que me había rescatado, y ofrecíle quinientos ducados más de los de mi rescate para ayuda de su empeño. Casi un año se tardó en volver la nave de la limosna; y lo que en este año me pasó, a poderlo contar ahora, fuera otra nueva historia; sólo diré que fui conocido de uno de los veinte turcos, que di libertad con los demás cristianos ya referidos, y fué tan agradecido y tan hombre de bien, que no quiso descubrirme; porque a reconocerme los turcos por aquel que había echado a fondo sus dos bajeles, y quitádoles de las manos la gran nave de la India, o me presentaran al Gran Turco, o me quitaran la vida; y de presentarme al Gran Señor redundara no tener libertad en mi vida. Finalmente, el padre redentor vino a España conmigo, y con otros cincuenta cristianos rescatados. En Valencia hicimos la procesión general, y desde allí cada uno se partió donde más le plugo, con las insignias de su libertad, que son estos hábitos; hoy llegué a esta ciudad con tanto deseo de ver a Isabela mi esposa, que sin detenerme a otra cosa, pregunté por este monasterio, donde me habían de

dar nuevas de mi esposa; lo que en él me ha sucedido ya se ha visto; lo que queda por ver son estos recaudos, para que se pueda tener por verdadera mi historia, que tiene tanto de milagrosa como de verdadera»; y luego en diciendo esto, sacó de una caja de lata los recaudos que decía, y se los puso en las manos del provisor, que los vió junto con el señor asistente, y no halló en ellos cosa que le hiciese dudar de la verdad que Ricaredo había contado. Y para más confirmación della, ordenó el cielo que se hallase presente a todo esto el mercader florentín, sobre quien venía la cédula de los mil y seiscientos ducados, el cual pidió que le mostrasen la cédula, y mostrándosela la reconoció, y la aceptó para luego, porque él muchos meses había que tenía aviso desta partida; todo esto fué añadir admiración a admiración y espanto a espanto. Ricaredo dijo que de nuevo ofrecía los quinientos ducados que había prometido. Abrazó el asistente a Ricaredo y a los padres de Isabela, y a ella, ofreciéndoseles a todos con corteses razones. Lo mismo hicieron los dos señores eclesiásticos, y rogaron a Isabela que pusiese toda aquella historia por escrito, para que la leyese su señor el arzobispo, y ella lo prometió. El grande silencio que todos los circunstantes habían tenido, escuchando el extraño caso, se rompió en dar alabanzas a Dios por sus grandes maravillas, y dando desde el mayor hasta el más pequeño el parabién a Isabela, a Ricaredo y a sus padres, los dejaron; y ellos suplicaron al asistente honrase sus bodas, que de allí a ocho días pensaban hacerlas. Holgó de hacerlo así el asistente, y de allí a ocho días, acompañado de los más principales de la ciudad, se halló en ellas. Por estos rodeos y por estas circunstancias, los padres de Isabela cobraron su hija y restauraron su hacienda, y ella favorecida del cielo y ayudada de sus muchas virtudes, a despecho de tantos inconvenientes, halló marido tan principal como Ricaredo, en cuya compañía se piensa que aun hoy vive en las casas que alquilaron frontero de Santa Paula, que después las compraron de los herederos de un hidalgo burgalés, que se llamaba Hernando de Cifuentes.

Esta novela nos podría enseñar cuánto puede la virtud y cuánto la hermosura, pues son bastante juntas y cada una de por sí a enamorar aun hasta los mismos enemigos, y de cómo sabe el cielo sacar de las mayores adversidades nuestras, nuestros mayores provechos.

